

Las decepciones



Ana Merino

colección **[dis]** locados

LAS DECEPCIONES

Ana Merino

colección **[dis]** locados

literalpublishing

 **CONACULTA**

DIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES

Este libro fue posible gracias al apoyo del Humanities Research Center y la School of Humanities de Rice University.



Primera edición 2014

D.R. © 2014, Ana Merino

D.R. © 2014, Literal Publishing

Crestón 343,
México, D.F. 01900

5425 Renwick
Houston, Texas, 77081
www.literalmagazine.com

D.R. © 2014, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Dirección General de Publicaciones

Avenida Paseo de la Reforma 175, Col. Cuauhtémoc

C.P. 06500, México, D.F.

www.conaculta.gob.mx

ISBN: 978-0-9897957-5-3 **LITERAL PUBLISHING**

ISBN: 000-000-000-000-0 **CONACULTA**

Ninguna parte del contenido de este libro puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso de la casa editorial.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

La ilusión de escribir teatro	9
Las decepciones	
<i>Primer acto</i>	13
<i>Segundo acto</i>	33
<i>Tercer acto</i>	63
<i>Cuarto acto</i>	69
<i>Quinto acto</i>	75
<i>Sexto acto</i>	83
<i>Séptimo acto</i>	87

LAS DECEPCIONES

LA ILUSIÓN DE ESCRIBIR TEATRO

Las decepciones se fueron fraguando en el tren de San Gallen a Zúrich durante todo el otoño de 2012. Viajaba al menos tres veces por semana para ir a los ensayos de *Amor: muy frágil*, la que fue mi primera obra de teatro que yo misma dirigí y monté con un grupo de actores hispano suizos. La aventura de ese montaje me hizo adicta a sus sensaciones y me llenó de energía para escribir esta otra pieza. En aquellos viajes se mezclaba la ilusión de la primera obra construyéndose en el espacio vivo de los actores, con la posibilidad de imaginar la realidad de otros personajes a los que escuchaba conversar. Ya no era un grupo de cuarentones que reflexionaba sobre el amor. Ahora eran unas voces cálidas, el murmullo sostenido de dos amigas jóvenes que hablaban de la idea de escribir. Era un sentimiento familiar que me hacía pensar en lo que ellas decían mirando el ombligo de mi propia juventud. Así arrancó *Las decepciones*, contemplando la memoria de lo que fui y desmenuzando ese impulso efervescente de unos personajes que querían ser escritores y trataban de encontrar las claves en un taller literario siguiendo las coordenadas de un profesor que era a su vez un novelista de prestigio que creía en la enseñanza de la literatura.

A veces me preguntan las diferencias que hay entre escribir poesía y teatro. En mi caso puedo ver con toda claridad cómo los poemas son un nudo de angustia que me surge de dentro. Los poemas brotan de una especie de vértigo que me aparece entre la boca del estóma-

go y la garganta. Sin embargo, el teatro son palabras en movimiento que me acompañan. Los personajes de *Las decepciones* surgieron como un impulso de voces luminosas mientras viajaba en aquellos trenes helvéticos tan puntuales, y pensaba en mi trabajo en Iowa City dirigiendo un MFA de escritura creativa en español. Mi vida profesional empezaba a girar en torno a la idea del taller y la invención como espacio de ilusión compartida. Escribir ya no significaba un ejercicio solitario de creación, sino que implicaba una filosofía de compartir las intuiciones y los borradores. Esta obra mezcla los anhelos de un nuevo comienzo con la esencia ilusionada de los que quieren ser escritores.

Iowa City, marzo de 2014

Las decepciones

Personajes

Profesor (un escritor de más de cincuenta años)

Marta

Sara

Mauro

(Alumnos jóvenes rondando la veintena)

Lugares donde transcurre:

ACTO I: En el aula del taller.

ACTO II: En un banco de la calle meses después.

ACTO III: En un salón de actos con recepción un año después.

ACTO IV: En unos grandes almacenes meses después.

ACTO V: En un banco de la calle a los pocos días.

ACTO VI: En un parque al día siguiente por la tarde.

ACTO VII: En la azotea de casa de Sara esa misma noche.

Tiempo: el presente

PRIMER ACTO

Aula sencilla con varias mesas juntas alrededor formando un rectángulo y una pizarra al fondo. Sara está allí sentada escribiendo. Se para a pensar y comienza a hablar en voz alta.

SARA: ¿Cuánto dura una idea? ¿Cuánto tiempo tarda en cocinarse una idea, en hacerse real, en convertirse en palabras?

(Marta ha entrado sigilosa en el aula y observa a Sara por detrás, tapándose la boca para no reírse. Sara continua).

SARA: Una idea. Una buena idea con raíces, que ha estado germinando, que se merece existir, tener su propia voz.

MARTA: Veo que estás inspirada.

SARA: ¡Hum! No me había dado cuenta de que estabas aquí.

MARTA: ¿Siempre hablas sola cuando escribes?

SARA: No lo sé. Algunas veces. Me da la sensación de que suena mejor.

MARTA *(sonriendo)*: ¿Tu pensamiento es sonoro?

SARA: Necesito oírme para clarificar algunas ideas.

MARTA: Es verdad, precisamente estabas hablando de las ideas.

SARA *(con tristeza)*: Sí, estaba pensando en una idea que he perdido.

MARTA: ¿Una idea perdida?

SARA: Bueno, tuve una idea. Hum *(pensativa)*. No exactamente; vi una idea y quise hacerla mía.

MARTA: ¿Quisiste hacer tuya una idea ajena? Sarita, eso se llama plagio.

SARA: No, realmente no *(pensativa)*. No estaba robando una idea, ni mucho menos. Quería ser parte de una idea.

MARTA: Como no te expliques mejor... Por ahora no tengo ni idea de lo que estás hablando (*se ríe*).

SARA (*seria*): Del tiempo de una idea. Verás, hace más de un año apareció una idea.

MARTA: ¿Apareció una idea?

SARA: No quiero que me malinterpretes. Deja que te explique...

MARTA (*con una sonrisa y cierto interés*): Explícate.

SARA: Un buen amigo me dio la idea.

MARTA: ¿Y qué pasó?

SARA: Pues hoy he descubierto que no me la había dado. (*Marta se ríe y mira a Sara*).

MARTA: ¿Otro desengaño amoroso?

SARA: No es lo que piensas. He estado trabajando mucho en esa idea, pero no lo suficiente. Creo que es mi primer desengaño como dramaturga.

MARTA (*se ríe*): ¿Cómo dramaturga? ¿Desde cuándo escribes teatro?

SARA (*seria*): Marta, en el fondo es lo que quiero ser.

MARTA: ¿De verdad? Pues en este taller creo que hacemos de todo, menos teatro.

SARA: El teatro es mi máxima aspiración.

MARTA: Pues mal empiezas si ya has sufrido un desengaño (*se ríe cariñosa*).

SARA: La verdad es que me duele.

MARTA: ¿En el orgullo secreto de dramaturga?

SARA: Era una buena idea.

MARTA: Sí, pero al parecer no era tuya...

SARA: Ya, pero casi la sentía como mía. Hablamos tantas veces de ella...

MARTA: ¿Quién es ese buen amigo que parece que te la dio pero que no te la dio?

SARA: Mi librero.

MARTA: ¿Tu librero?

SARA: Sí, Rodrigo, el dueño de la librería café que abre hasta tan tarde. ¿Te acuerdas que hemos quedado allí alguna que otra vez?

MARTA: Ah sí, esa que está en el centro. ¿Pero no es un poco mayor para ti?

SARA: Por eso te decía que no es lo que piensas.

MARTA: No puedo pensar nada porque todavía no te has explicado.

SARA: Algunas veces me quedo charlando con Rodrigo hasta que cierra. Hablamos de literatura y de diferentes proyectos. Un día comentamos que la librería sería perfecta para una trama teatral. Así surgió la idea.

MARTA: ¿La idea?

SARA: La idea de escribir una obra de teatro sobre una librería-café.

MARTA (*irónica*): ¿Teatralizar la “apasionante” vida de un librero?

SARA: Pensaba darle mucho dramatismo.

MARTA: ¿Cómo?

SARA: La he titulado “El traspaso”.

MARTA: ¿El título es original tuyo?

SARA: No lo sé, creo que Rodrigo me dio la idea.

MARTA: ¿Es sobre su traspaso?

SARA: Ya casi tengo terminado el primer acto. Es la historia de un librero independiente que entra en crisis por culpa del libro electrónico y tiene que traspasar su librería. Ni siquiera ya le sale rentable servir cafés.

MARTA (*sacando del bolso su tableta electrónica*): ¿Planeas defender el libro de papel? Te vas a quedar sola, Sarita, no sabes lo cómodo que es tener este artilugio. Puedes hacer de todo, sirve como procesador de textos, libro e incluso puedes mandar mensajes. Es comodísimo. Sara, la literatura son las palabras, el formato es lo de menos.

SARA: No me interesa. Yo me aferro al papel, Marta. Los cuadernos,

las cartas, los libros con hojas que huelen bien, que son suaves, que se arrugan y se doblan y nadie te pide que los apagues en los aviones.

MARTA (*se ríe*): ¡Si a ti te da miedo volar!

SARA: Por eso es mejor llevar un libro de papel, para aferrarse a él, para clavar las uñas en la solapa sin la preocupación de que se de un mal golpe o se quede sin batería. Además, no me niegues el encanto de los libros firmados y dedicados a mano por sus autores...

MARTA: Vale, vale, pero sigue con la trama de tu desengaño.

SARA: Ya tenía tres personajes. El librero, su amiga de los tiempos de la universidad y un cliente que es actor (*silencio, piensa con rabia y exclama*). Tenía que haberme dado prisa. Llevaba un año dando vueltas a la escena, tomando notas, convencida de que la idea ya era mía.

MARTA: ¿La idea?

SARA: Que podría contar la historia de un librero en crisis planeando traspasar su tienda porque ya casi nadie compra libros.

MARTA: Es una buena idea.

SARA: Sí, pero no era mía. Lo conversaba con Rodrigo, pensaba que era nuestra idea.

MARTA: ¿Vuestra?

SARA: Él sabe que quiero ser escritora.

MARTA: Sara, la de gente que debe pasar por esa librería, y seguro que más de la mitad quieren ser escritores. ¿Qué te hizo pensar que la idea podía ser tuya?

SARA: Le dije que quería escribir una obra de teatro basada en su librería, que pasaría en una noche y que la pensaba titular “El traspaso”.

MARTA: ¿Hace un año?

SARA: Sí, comentamos esa posibilidad hace más o menos un año, la primavera pasada. Rodrigo andaba buscando ideas para ani-

mar un poco el espacio de la librería y se le ocurrió que podía meter teatro. El espacio es realmente bueno, si quitas las mesitas y las sillas tiene una zona de tarima alta que funciona bien. La trama que llevo meses pensando era bonita: un librero se lamenta de su suerte. También está su amiga de toda la vida que vive en otro país, y tiempo atrás le ayudó a montar esa librería. La amiga pasa por la ciudad, le va a ver y le descubre sumido en la desesperación y esperando por unos posibles compradores a los que traspasar el local.

MARTA: ¿Esa era la idea?

SARA: Sí, mi primera obra de teatro.

MARTA: Que no has escrito...

SARA: Pensé que había que darle muchas vueltas en la cabeza. Se estaba cocinando.

MARTA: ¿Y el desengaño cómo ha sido?

SARA: Ayer por la noche llegó un correo electrónico, de esos masivos que manda la librería. Nos invita a todos sus clientes a ver una serie de representaciones nocturnas con actores profesionales allí mismo, porque la trama de la obra transcurre, cómo no, en la librería.

MARTA: ¿Pero no has visto todavía la obra?

SARA: No, pero es la misma idea.

(Mauro ha entrado lentamente en el aula y las sorprende, lleva un bolsón de tela).

MAURO: ¿Qué idea?

SARA *(recelosa)*: Nada importante.

MARTA: Pensábamos en las ideas, en la inspiración y esas cosas.

(Mauro se sienta junto a ellas en la mesa).

MAURO *(irónico)*: Dicen que no hay ideas nuevas, que todo está escrito. Al final lo que importa es cómo lo digas.

SARA *(pensativa)*: Y sobre todo que lo digas. A veces cuesta tanto arrancar y simplemente escribir.

MAURO: ¿Leísteis todo lo que teníamos para hoy? (*saca del bolsón un volumen y una carpeta*). Algunos cuentos de la antología son buenísimos. ¿Os dio tiempo de escribir el microcuento? (*Mauro saca una hoja de una carpeta*). Yo creo que esta vez el mío ha quedado mini redondo.

SARA (*resopla y sonríe con malicia*): Eso lo veremos.

(*Por la puerta asoma el profesor, un escritor mayor que imparte el taller*).

PROFESOR: Ahora vengo. Tengo un asunto, dadme unos minutos.

SARA, MARTA y MAURO: Vale.

(*Los tres se quedan en silencio y Marta se sienta en un lado de la mesa y se pone a mirar su tableta*).

MAURO (*se acerca y mira a Sara*): ¿Todavía estás dolida conmigo?

SARA: Lo voy a estar por mucho tiempo.

MARTA (*con sorpresa desde su lado de la mesa*): ¿Me he perdido algo?

SARA (*con tono de no darle importancia*): Nada fuera de lo normal, las típicas tonterías de Mauro.

MAURO: Tanta tontería no será si todavía te duele.

MARTA (*con sorpresa y curiosidad mirando a Sara*): ¿El qué te duele?

SARA: Una idiotez que hizo Mauro, pero ya no importa demasiado (*mirando a Mauro*). Y sí, aunque lo has borrado me sentó fatal.

MARTA: ¿El qué borró? ¡No entiendo nada!

MAURO: Escribí algunas cosas en mi blog que le molestaron a Sara.

MARTA (*mirando a Sara con sorpresa*): ¿Qué fue exactamente?

SARA (*mirando a Mauro con desprecio*): Vale, yo hice una estupidez pero al menos no di parte a nadie.

MAURO (*dulce*): A mí no me lo pareció.

SARA (*fría*): Ya, ya vi que lo describías con todo lujo de detalles.

MAURO (*molesto*): No puse tu nombre.

SARA: ¡Sólo faltaba que encima pusieras mi nombre! (*Silencio tenso*).

(*Sara se incorpora y se va hacia la puerta*).

MARTA: ¿Dónde vas?

SARA: Al baño (*irónica*), ¿puedo?

MARTA: Claro, claro (*tímida*).

(*Sara sale del aula, Marta y Mauro se quedan en silencio*).

MAURO: La verdad, no la entiendo.

MARTA: ¿Qué os pasa?

MAURO: ¿Todavía no te has dado cuenta?

MARTA: Pues no.

MAURO: Sara se me declaró.

MARTA: ¿Me estás tomando el pelo?

MAURO: En serio, me dijo que le gustaba.

MARTA: Te estaba tomando el pelo.

MAURO: Lo dudo.

MARTA: ¿Habíais bebido?

MAURO: Un poco.

MARTA: Entonces Sara, con la euforia del alcohol, estaba interpretando un personaje.

MAURO: Hablamos mucho. Era ella misma.

MARTA: Me parece que si estaba borracha no cuenta.

MAURO: ¿Por qué no cuenta?

MARTA: Sara es muy enamoradiza.

MAURO: Creo que por mí tiene sentimientos reales.

MARTA: ¿En qué quedó la declaración de Sara?

MAURO (*con tono de pena y culpa*): A mí no me gusta, me cae muy bien, pero no me gusta.

MARTA: ¿Y eso fue lo que le dijiste?

MAURO: Más o menos.

MARTA: Eres un idiota.

MAURO: ¿Por decir la verdad?

MARTA (*mira con desaprobación*): ¿Cuándo pasó?

MAURO: El sábado por la noche. Fuimos al teatro a ver una de esas

obras experimentales que tanto le gustan a Sara en las que uno no se entera de nada. Eran tres personajes sentados en una silla dando la espalda al público, mezclaban pensamientos con sonidos guturales. Un peñazo. Pero como Sara me había invitado me la tragué entera. Fue a la salida, nos fuimos a beber unos vinos y comer unas tapas, así que tonteamos y se me declaró.

MARTA: ¿Te dijo que le gustabas?

MAURO: Más o menos. Hablamos de muchísimas cosas relacionadas con los sentimientos. La verdad es que me dio muchas ideas. Casi, casi me sentí tentado a liarme con ella, pero no es la chica que me gusta y no quería meterme en problemas y crear equivocaciones. Le dije que me halagaba mucho pero que no sentía lo mismo. Luego, cuando volví a casa, como no tenía sueño escribí en mi blog una serie de reflexiones sobre lo que había pasado.

MARTA: Asumo que Sara leyó tu blog... ¿Verdad?

MAURO: Sí, se puso furiosa, me llamó a las tantas de la mañana. Estaba enfadadísima, tuve que borrar la entrada. No entendí bien por qué se puso así. Nunca mencioné su nombre, eran simples reflexiones sobre lo que me había pasado a mí y cómo me sentía yo.

MARTA: ¿En ningún momento te planteaste cómo se estaría sintiendo ella?

MAURO: Realmente no. Hasta que no me llamó me di cuenta de que estaba fastidiada.

(Sara entra en el aula).

SARA: ¡Le han dado un premio!

MARTA: ¿A quién?

SARA: ¡Al profe! Tenéis que verlo. Está al teléfono hablando con los medios, es para morirse de risa, habla a gritos en el pasillo,

como está nervioso no se ha dado cuenta de que con el móvil uno sube el volumen. Creo que le han llamado de la radio y le están haciendo una entrevista. Es divertidísimo, parece otro.
(*Mauro se incorpora y va saliendo a toda prisa*).

MAURO: ¡El subidón del éxito! Voy a ver.

(*Mauro sale del aula. Sara mira a Marta*).

SARA: ¿Vienes?

MARTA (*se incorpora y se acerca a Sara*): Espera un momento, Sara.

SARA: ¿Qué pasa?

MARTA: Quiero preguntarte una cosa.

SARA (*con gesto de extrañeza*): ¿El qué?

MARTA: Dice Mauro que te le declaraste.

SARA (*sorprendida*): ¿Te lo ha contado?... (*sin dale importancia*). Tampoco es para tanto.

MARTA: ¿Qué pasó?

SARA: Simplemente le dije que me gustaba mucho. Le noté cálido y la verdad es que me gustó un poco. Habíamos bebido varios vinos.

MARTA (*con humor*): El alcohol endulzó sus rasgos y le volvió irresistible...

SARA: Habíamos ido a ver una obra de teatro muy posmoderna que trataba de expresar el pensamiento artificial...

MARTA: ¿El pensamiento artificial?

SARA: Eran iluminaciones biónicas de los tiempos modernos.

MARTA: Yo de eso no entiendo.

SARA: Era una obra sugerente, pero por las caras que puso Mauro me parece que no le gustó.

MARTA: Luego vinieron los vinos.

SARA: Sí, hablamos de muchas cosas, y lo de menos fue mi presunta declaración. Lo que me molestó es que pusiera en su blog detalles de nuestra conversación. Odio los blogs, me parecen

puro exhibicionismo. El muy idiota ni siquiera reposó los pensamientos, volvió a su casa a vomitar nuestras reflexiones y a hacerlas públicas (*irónica*). El aprendiz de escritor piensa que su vida es interesantísima. Claro que cuando tiene pensamientos originales me parece que no le pertenecen, son puras citas. Leyendo esa y las otras entradas del blog que escribió me di cuenta de que es un ególatra. Sus ganas de ser escritor son casi tan inmensas como su ego digital. Su pose cibernética es pa-té-ti-ca.

MARTA: ¿No estás siendo demasiado dura?

SARA: Se nota que no has leído nunca su blog.

MARTA: No, pero tal vez como estabas herida, has sacado punta a sus pensamientos.

SARA: El tonito personal del blog de Mauro no tiene desperdicio.

(*Entran Mauro y el profesor*).

MAURO: ¡El profe es un fenómeno! ¡Menudo premio gordo le ha caído! ¡Qué suertudo!

MARTA (*sonríe*): Mauro, supongo que a parte de la suerte contará el talento.

PROFESOR (*con modestia*): La verdad, ha sido totalmente inesperado.

MAURO: Nada menos que el premio Mundi con sus cuarenta mil eurazos.

MARTA y SARA (*a la vez*): ¡Felicidades!

SARA: Tienes que presentarla en la librería de Rodrigo.

MARTA (*irónica*): Sí, antes de que cierre y la tenga que traspasar por culpa del libro electrónico.

SARA (*molesta*): Muy graciosa, ya notarás la soledad existencial cuando la única tienda que frecuentes sea el supermercado. No quedarán bares para ligar ni cines y, si me apuras, ni teatros.

MARTA: Y tu famosa obra sobre la librería en crisis se quedará sin estrenar.

SARA: ¡No me lo recuerdes!

MARTA: ¿Irás a ver lo que hicieron?

SARA (*refunfuñando*): Menudo disgusto...

MARTA: Y tu pobre librero ni se ha dado cuenta.

PROFESOR (*carraspea*): Volvamos a la materia, mejor dicho..., empecemos. ¿Qué tocaba hoy?

MAURO: Que nos cuentes algo más del premio.

PROFESOR: Aparte de que estoy genuinamente encantado, poco más puedo añadir. Ahora sólo espero que os guste. Lo más duro es enfrentar al lector.

SARA: ¿De verdad?

PROFESOR: Yo ya he depurado mi propia autocrítica. Si la mandé al concurso es porque creía en lo que escribí. Ahora comienza la época de las angustias con la edición, las presentaciones, las críticas, las reseñas...

SARA: Tanta angustia no será..., si no, uno no publicaría.

PROFESOR: La vanidad puede más que la angustia. El éxito o el simple reconocimiento es una droga.

SARA: Hum. Adicción a ser escritor.

MARTA: Como un enamoramiento fatal.

MAURO: ¿Qué tiene que ver el amor con ser escritor?

MARTA: Es la única ansiedad adictiva que conozco.

MAURO: ¿El amor te parece adictivo?

MARTA: Sí, ese enamoramiento que hace que pierdas el sentido de las cosas. Esa obsesión improductiva, ese necesitar siempre a la otra persona, de querer ser todas y cada una de las partes de su mundo interior. Obsesión que no te deja pensar más allá de esa persona que te atrae y te paraliza, y te fascina y te hace vivir de forma frenética. Supongo que alguna vez los escritores se sienten así.

PROFESOR: Cada escritor tiene sus propias obsesiones. Desde el momento mismo en que surge la idea de escribir, el lento proceso

de desarrollarla y hacerla creíble, hasta el triple salto mortal de transformarla en un libro. Es un viaje extraño que luego se convierte en ajeno cuando el lector se apropia de las palabras que uno mismo ha escrito. Incluso todavía muchas veces me pregunto ¿por qué escribo?, ¿por qué hay personas que necesitan escribir?

SARA: Tal vez los científicos tengan una respuesta objetiva, tal vez nos falte una sustancia química en el cerebro que nos obliga a escribir.

MAURO (*irónico*): Ya me imagino al psiquiatra (*parodiando la voz de un doctor*). En su caso le informo de que no necesita prozac ni litio, simplemente le receto escribir varias horas todos los días, relaje la mente y escriba.

SARA: En los manicomios hacen muchas actividades manuales, como cestería, que relaja mucho, y también pintura. He leído varios artículos muy buenos sobre el uso del arte como terapia. La cantidad de escritores que hay con problemas mentales..., y eso está documentado...

MAURO: Sara, la cantidad de personas que tienen problemas mentales no es directamente proporcional a su posible talento como escritores. Lo que pasa es que conocemos muchas vidas de escritores y ese detalle nos llama la atención.

MARTA: A mí escribir me reconforta, me ayuda a neutralizar mi tristeza.

MAURO: Yo no mezclo mis sentimientos personales con mi propia experiencia creativa. Si lo hiciera, el texto se emborronaría con esa sensación. A mí me interesa que los personajes sean distintos a mí y respiren solos..., nada de versos (*se ríe*).

PROFESOR: Esa es una idea muy interesante ¿Hasta qué punto nuestros sentimientos pueden o deben entrar directamente en el espacio de lo que escribimos?

MARTA: Pero eso no lo podemos evitar. Los sentimientos siempre están allí condensados, y es esa sensación la que nos obliga a expresarnos, como si nos apretase el pecho y nos cortara la respiración, como cuando nos duele el mundo, como cuando amamos a alguien y sabemos que es imposible y nos duele, y nos reconcome por dentro, y se va anudando cada día más fuerte en el estómago (*suspira*). Escribir nos reconforta, es la terapia de la cordura, pero en ese esfuerzo por dar sentido a las cosas queda siempre el rastro de lo que duele (*los ojos de Marta se han llenado de lágrimas, se incorpora*). Perdón, necesito ir al baño (*sale del aula apresuradamente*).

MAURO (*con sorpresa*): ¿Qué ha sido eso?

SARA (*preocupada*): No lo sé. ¿Creéis que debo ir a ver qué le pasa?

PROFESOR: No es necesario, simplemente ha salido al baño.

SARA: Tenía los ojos llenos de lágrimas.

PROFESOR (*sin darle importancia*): Los poetas tienden a emocionarse por cualquier cosa.

MAURO (*ironía*): Sí, parece que Marta sufre de la densa emotividad del poeta.

SARA (*con preocupación*): Decía palabras muy sentidas.

PROFESOR: Precisamente, los poetas se suelen tomar muy en serio y todo les duele el doble.

SARA: ¡Qué injusta generalización!

PROFESOR (*sonriente*): ¿Acaso te das por aludida y tenemos aquí a otra poeta?

SARA: Uff..., no. Yo la poesía la entiendo muy poco. Vamos, alguna cosa he leído, pero la verdad siempre me quedo a medias, como si me faltara algo para entenderla del todo.

PROFESOR: Leer más poesía, es lo que siempre hace falta, leer mucha poesía. Un buen escritor debe ser un gran lector de poesía.

MAURO: ¿De verdad?

PROFESOR: Esta afirmación la hago con rotundidad y pleno convencimiento.

SARA: ¿Qué te da la poesía?

PROFESOR: La capacidad de empatizar con el mundo.

SARA: ¿Empatía?

PROFESOR: Sí, reconozco en la poesía y en los poetas una capacidad única para identificarse mental y afectivamente con los demás. Los buenos poetas tienen una fuerza, una magnitud existencial que siempre me sorprende por como depuran y transmiten en sus versos un constante diálogo con el todo universal.

SARA: Sí, versos que muchas veces parecen crucigramas.

PROFESOR: Hay unos poemas más complejos que otros. Pero si se enseñase bien la poesía en las escuelas, si se leyese poesía desde la niñez, ahora no tendríais tantas reservas.

SARA: No, no, pero si yo la respeto mucho, pero a veces me cuesta entenderla y soy incapaz de escribirla. Por mucho que lo intento, no me sale.

MAURO: A mí en cambio sí me sale, yo trato de darle un tono poético a mi blog.

SARA (*sarcástica*): Ya lo hemos notado.

MAURO: Pero reconozco que leo muy poca poesía, si acaso los poemas de las lecturas que nos mandas y poco más...

PROFESOR: Entonces, ¿cómo pretendéis ser escritores sin tener presente la poesía?

MAURO: Sara y yo somos más de ficción, de cuentos, novelas y esas cosas...

SARA: A mí también me gusta mucho el teatro...

PROFESOR: Da igual el género que uno elija, como en la cocina hay condimentos e ingredientes que no deben faltar: el aceite de oliva, el ajo, la cebolla, la sal, la pimienta o el laurel. A nadie se le ocurre hacer un sofrito o un guiso sin esos ingredientes.

La poesía es la base de todo eso.

MAURO: Ni que fueras poeta.

PROFESOR: La verdad, nunca he escrito poesía pero siempre la he leído con un respeto y una atención meticulosa.

(Marta vuelve a la clase, se la ve más tranquila pero con ojos llorosos).

MARTA: Estas lentillas, todavía no me he acostumbrado bien a usarlas.

MAURO: ¿Eran las lentillas?

SARA: Déjala tranquila, Mauro *(mirando al profesor)*. Estoy confundida con las tareas *(abre la carpeta y salen varias hojas, rebusca y reordena)*.

PROFESOR: ¿No estabais dándole vueltas a tres personas desconocidas para convertirlas en posibles personajes?

SARA: Es verdad *(busca las hojas de papel de ese ejercicio)*.

MAURO: La de gente que va en el metro podría convertirse en buenísimos personajes. Yo los he sacado de allí.

MARTA *(tocando su tableta)*: Yo he ido anotando algunas cosas de los niños que juegan en el parque. Me gusta mirar a las madres y a las cuidadoras. Es un universo increíble de niños y adultos hablando diferentes lenguajes.

SARA: Yo tal vez hice algo de trampa. He estado tomando notas en mi librería.

PROFESOR: Bien, me parece todo bien. ¿Hicisteis la entrevista imaginaria a uno de ellos?

MAURO: Sobre eso quería comentar algo. Yo elegí a un hombre borracho y no sé si he sido muy congruente.

SARA: No haber elegido a un borracho.

PROFESOR: Lo importante es que suene verosímil.

MAURO: Sí, por eso lo elegí. A veces es más difícil meterse en la piel de ese tipo de personas. Era un señor bien vestido con traje y

corbata. No era el típico borracho vagabundo. Era un borracho trajeado a las siete de la tarde. Algo muy raro.

PROFESOR: ¿A dónde te llevó la entrevista ficticia?

MAURO: Ese fue el reto. Traté de imaginar lo que le lleva a estar borracho ese día. Lo busqué otras veces en el metro pero no di con él. Creo que era una borrachera puntual.

PROFESOR: ¿Cuál es la historia que has creído ver?

MAURO: Yo creo que era un ejecutivo de cuarenta y tantos, un oficinista con rango al que habían despedido ese día. Se emborracha y, aunque ha traído el coche, tiene el buen criterio de volver a su casa en metro.

MARTA: ¿Se le notaba triste?

MAURO: Era una mezcla de borrachera ruidosa con algo de melancolía.

SARA: ¿Qué clase de cuento te imaginas?

MAURO: Supongo que la historia de ese despido.

MARTA: Tal vez no fue un despido. Quizá quedó para comer con unos viejos amigos del instituto o de la universidad. Entre los vinos, las cervezas, los chupitos y los whiskeys de la sobremesa terminó así.

MAURO: ¿Entre semana?

MARTA: ¿Por qué no? Queda a comer con varios amigos y se toma la tarde libre.

MAURO (*mirando a Marta*): ¿Tú a quién entrevistaste?

MARTA: A una señora que parecía que no había llevado a su hijo a jugar al parque en toda su vida.

PROFESOR: ¿Y eso por qué?

MARTA: Iba trajeada y con taconazos. No te vas a un parque de arena y columpios con semejante aspecto. Además, se le notaba nerviosa con el niño.

SARA: ¿Y si no era la madre?

MARTA: Lo pensé, pero el niño la llamaba mamá. Le di muchas vuel-

tas a las preguntas que podría hacerle y sus posibles respuestas. Me imaginé que estaba en medio de un complejo divorcio y que ha sido ella la que se ha ido de la casa y ha dejado al niño con el padre.

SARA: ¿Por eso va trajeada y con taconazos a sacar a su hijo al parque?

MARTA: Estaba nerviosa, muy nerviosa. Se fumó tres cigarrillos mientras la observaba sin que se diera cuenta. No paraba de mirar los mensajes de su teléfono móvil.

SARA: Tal vez venía de una reunión importante en su empresa. Simplemente salió muy tarde, recogió al niño del colegio y no tuvo ni tiempo para cambiarse. Estaba esperando unos resultados. Algo relacionado con el proyecto que había presentado ese día.

MARTA: ¿Un proyecto?

SARA: Sí, un plan para la empresa, algo ligado a la productividad y esas cosas.

MARTA: Una ruptura sentimental tiene más posibilidades literarias.

SARA: La realidad de una empresa también podría funcionar bien en un cuento, ¿no? (*mira al profesor*).

PROFESOR: Cualquier material es bueno, lo importante es trabajarlo.

Un personaje se hace con la curiosidad de nuestra imaginación y nuestra capacidad para profundizar en lo que creemos que puede ser su vida. Es curioso, nos cruzamos con una serie de personas, y de pronto sus actitudes, sus gestos, pequeños detalles pueden desarrollar toda una trama.

(*Se escucha un ruido, jaleo fuera, y el sonido de una alarma en la distancia*).

PROFESOR (*extrañado*): ¿Qué será ese ruido?

MAURO (*se incorpora y va a la puerta*): Salgo a mirar y os cuento.

SARA (*sarcástica*): Corre, Mauro, trata de encontrar una trama y algún que otro personaje en los pasillos.

MARTA: No le perdonas ni una.

SARA: Pero si lo digo con cariño.

MARTA (*sonriendo*): Menos mal.

PROFESOR: Los afectos, la literatura se ha fabricado con ese ingrediente (*sonríe*). ¿Quién fue la persona que motivó tu entrevista imaginaria, Sara?

SARA (*sonriendo*): Mi librero.

MARTA: ¡Pero si tenía que ser alguien desconocido!

SARA: Le imaginé con otros ojos después de leer su correo anoche; se convirtió en personaje, lo miré con una tristeza extraña y escribí mi entrevista ficticia.

MARTA (*maliciosa*): Ya veo, lo miraste con los ojos del desengaño.

SARA (*enfaticando*): Con los ojos de la curiosidad que profundiza en otra persona. Le preguntaba, entre otras cosas, por qué nunca me toma en serio.

MARTA (*enfaticando*): ¿Te has dado una respuesta convincente?

SARA: Supongo que no (*decidida*), por eso voy a preguntárselo de verdad, cara a cara, que deje de ser mi personaje imaginario, que vuelva a existir, que sus palabras sean lo que él piensa y no lo que yo quiero imaginar.

MARTA (*se ríe, irónica*): Menos mal que es muy mayor para ti.

PROFESOR: Me estoy perdiendo con este personaje.

(*Entra Mauro apresurado*).

MAURO: Dicen en secretaría que es aviso de bomba en el edificio de al lado, y que desalojemos.

MARTA (*sorprendida*): ¿Aviso de bomba?

PROFESOR: Hum... (*incorporándose*), es una sede de un ministerio (*molesto, resopla*). ¡Qué carajo, unos descerebrados queriendo molestar!... Qué manera de hacernos perder el tiempo...

MAURO: Han empezado a acordonar la calle..., la cosa se pone interesante...

SARA: Quizá tengamos el germen de un cuento...

PROFESOR: Sí..., la estupidez humana queriendo fastidiar a los demás. Menudo cuento. Anda, vamos, mejor salimos. Más vale no tentar a la suerte... A saber cuál de todos los fanáticos descerebrados que colecciona nuestro país está detrás de esta gracieta...

MARTA (*preocupada*): ¿Entonces nos vamos a casa?

PROFESOR: No, tampoco vamos a perder el día por unos majaderos. Nos alejamos un poco, y os invito a unos pinchos en uno de estos bares de la zona. Así celebramos mi premio y repasamos la relación entre el personaje y su trama.

SARA: Con semejante premio nos puedes invitar a una mariscada...

MAURO: Ahora podemos incluir entre los personajes a terroristas... (*bromeando*), mentes perversas asustando a las masas... (*van recogiendo sus cosas*).

MARTA (*con gesto serio y disgustada*): Creo que estos idiotas (*enfática*) no se merecen salir en ningún cuento...

SARA: Tampoco es para tanto...

MAURO: Marta se está tomando el aviso de bomba como algo muy personal... (*Sara y Mauro se ríen*).
(*Todos van saliendo hacia la puerta*).

PROFESOR: Venga, vamos saliendo, no sea que encima esta gentuza haya puesto una bomba de verdad.

SARA: No creo... ¿No?

MAURO: ¡Boooooom!

MARTA: ¡Mauro no seas tonto!

Salen todos, el profesor es el último en salir.

SEGUNDO ACTO

Primera escena

Se abre el telón. Marta está sentada en un banco de la calle, escribiendo a mano en un cuaderno. Ha pasado bastante tiempo, casi medio año. Por delante pasa Mauro caminando, lleva una bolsa de tela con un libro y una carpeta dentro.

MAURO: ¿Marta?

MARTA: ¡Mauro, qué alegría!

(Se funden en un fuerte abrazo).

MAURO: ¿Qué haces por aquí?

MARTA: He quedado con Sara, pero el tren de cercanías me ha traído rapidísimo y aquí ando haciendo tiempo.

MAURO: Has quedado con Sara... ¿Cómo está?

MARTA: Vive en ese bloque *(señala a un lado)*.

MAURO *(con gesto de sorpresa)*: ¡Anda!

MARTA: No quiere que llame o suba porque su madre se pone muy pesada. La última vez que quedé con ella se me ocurrió subir y su madre no nos dejó tranquilas. Es muy buena mujer, pero muy intensa.

MAURO: Ufff, todavía me acuerdo de aquella vez en el hospital, también estaba su tía, ¿verdad? *(la mira y sonríe)*. Qué gusto me da verte, Marta *(la acaricia el hombro)*.

MARTA: Quédate un rato y ves a Sara también. Le hará mucha ilusión encontrarte aquí.

MAURO *(mira el reloj de su muñeca, piensa un instante)*: Tengo una

cita, pero todavía falta tiempo, es aquí cerca (*reflexiona*). Vale, me quedo, la quiero dar un buen abrazo (*mira a Marta y se fija en el cuaderno en blanco abierto en el banco, sonríe*). ¿Escribiendo a mano? ¿Dónde está tu tableta cibernética?

MARTA: Sí, me has pillado, estoy escribiendo a mano algunas cositas.

MAURO: ¿Poemas?

MARTA: Sí, he vuelto a mi universo pueril de versos y pensamientos secretos.

MAURO: A la mirada contemplativa de las cosas, esa que enriquece el talento de cualquier escritor.

MARTA: Hablas como el profesor (*suspira*). Estas cositas que escribo no valen nada.

MAURO: No digas tonterías, seguro que están muy bien, qué pena que el profesor ya no podrá leerlos cuando los termines. Él era el gran defensor de la poesía y los poetas.

(*Se miran fijamente en silencio*).

MARTA (*suspirando*): Me cuesta tanto creer lo que pasó.

MAURO: La mierda de realidad supera a la ficción.

MARTA: ¿Por qué hay gente tan mala?

MAURO: Son fanáticos, no les importan los demás.

MARTA (*con rabia*): Más allá del fanatismo, es maldad pura. Un sentimiento inexplicable, maldad venenosa.

MAURO (*triste y con rabia*): Una cabronada, fue una auténtica cabronada.

MARTA: Todavía tengo pesadillas, me despierto sudando con el corazón en la boca. Noto los latidos de mi corazón a toda velocidad, latiendo aquí (*se toca la sien*) y luego en mi garganta. ¡Y pensar que creí que el desamor era el dolor más grande! (*suspira*). ¡Mentira! El dolor más amargo es esta rabia, esta rabia que siento. Rabia de tristeza, rabia de impotencia, rabia y decepción (*mira a Mauro con tristeza*). No puedo dejar de pensar en aquel fatídico día.

MAURO (*baja la cabeza con tristeza*): Yo tampoco. Desde entonces no he vuelto a escribir en el blog. Me quedé vacío, como si la explosión me hubiera arrancado la imaginación cotidiana, el deseo de escribir mi presente, la necesidad de contarle a todos lo que creía ser. Creía que era escritor.

MARTA (*dulce*): Eres escritor. Lo estás intentando.

MAURO: Uff, Marta, tengo tantas dudas, siento que he perdido el rumbo (*suspira*). El profe, el pobre profesor era el escritor. Además, muy buen escritor. Mira (*saca el libro de la bolsa de tela y se lo enseña*).

MARTA: Su libro. Su último libro. ¡El del premio!

MAURO: Es buenísimo.

MARTA: ¡Qué contento y nervioso estaba! Le tocaba enfrentarse a los lectores.

MAURO: Es su mejor libro.

MARTA (*con los ojos llenos de lágrimas*): Yo también tengo un ejemplar, pero está guardado sin leer en la mesilla de noche, como una Biblia silenciosa en la habitación de un triste hotel. Cada vez que intento pasar de la primera página me pongo a llorar. En cada palabra que leo está la calidez de su voz y no puedo contenerme, y me entra la tristeza y esta rabia inmensa.

MAURO: Inténtalo otra vez. A él le hubiera gustado que lo leyese. Te va a encantar, es un libro lleno de personajes maravillosos, es luminoso. A mí me ha reconfortado, me ha reconciliado un poco con el vacío que siento. Es mi amuleto. Me ha enseñado muchas cosas sobre la literatura.

MARTA: ¡No hay derecho! ¡No hay derecho que nos hicieran eso! ¡Que volaran de esa forma la calle! Buscaban hacer daño. No existimos, no somos nada, no significamos nada.

MAURO: ¡Qué mala suerte que le tocara al profesor de lleno!

MARTA (*conteniendo la tristeza*): Sólo pedacitos. Sólo quedaron pe-

dacitos. Ni pudimos velarle con el ataúd abierto (*suspira profundamente*). No tenemos alma, Mauro. Somos un simple accidente existencial. La humanidad, el origen de la vida, la imaginación, la esperanza..., qué cosas tan bonitas..., pero son espejismos..., son espejismos porque hay gente mala que ya se encarga de partirnos en pedazos (*con rabia*). Gente mala que se piensa que sus razones de mierda justifican su violencia y el dolor que causan. Esos asesinos son casi de nuestra edad. ¿No tenían nada mejor que hacer que ponerse a fabricar bombas? ¿Es que no había ninguno que quisiera ser escritor y en vez de destruir y matar, le pudiera apetecer inventarse una buena historia? (*llorando*). Los cuentos se inventaron antes que las bombas. La ficción estaba mucho antes, y el amor también estaba antes. Las cosas buenas existieron antes de las cosas horribles (*llora desconsolada*).

MAURO (*triste*): No lo sé, Marta (*la abraza*).

MARTA: Yo quiero creer que hubo un tiempo en el que no existió la maldad. Yo quiero creer, quiero imaginar ese tiempo anterior, ese instante perfecto (*suspira*). Mauro, éramos felices en ese taller, simplemente felices. Hablábamos de las palabras, de la invención, de la poesía, hablábamos de la creación, de la imaginación, del deseo de ser escritores. Nos pasábamos las horas inventando personajes, dándoles nombres y razones para existir. Alimentábamos esa curiosidad maravillosa con pequeños conflictos o grandes problemas existenciales. ¿Te acuerdas? (*suspira*). El principio de movimiento, el principio de interés y ese principio de verosimilitud. Teníamos que hacer creíble incluso lo más increíble para que el lector se emocionase con nosotros y le doliese nuestro dolor, y amase como nosotros amamos. ¡Yo pensaba que la literatura nos hacía indestructibles! ¡Qué pensamiento más idiota! Creía en esa felicidad de

lo cotidiano, de las rutinas, de los gestos sencillos. Ahora sólo escribo pensamientos horribles, en cada verso hay rabia. Un deseo amargo de venganza, un deseo gris de rabia venenosa (*con la mirada perdida*). Mauro, cómo les odio, cómo odio a esa gente. ¡Cómo quema el odio, arde en mi paladar, escuece en mis pulmones! (*llora*).

MAURO (*la abraza*): Marta, por favor cálmate, venga, cálmate.

MARTA (*suspira*): Sí, sí. Sara no puede verme así (*se sienta en el banco, Mauro también se sienta a su lado*). Tengo que calmarme (*respira profundo, saca un clínex del bolso y se suena*). ¿Te imaginas que nosotros hubiéramos tomado aquella calle? Fue la casualidad lo que hace que estemos aquí de una pieza (*suspira, con la mirada perdida hacia el público*). Es injusto, porque no fue un rayo lo que le mató, ni un tornado, ni un triste accidente..., no, Mauro, fue la maldad humana, la imaginación perversa construyendo bombas, planeando un atentado..., de la misma forma que nosotros planeábamos un cuento... (*suspira*). ¿El terrorista nace o se hace?

MAURO: Vamos, Marta, déjalo...

MARTA (*mirándole*): No, Mauro, dime. ¿El terrorista nace o se hace? (*vuelve a mirar al vacío, hacia el público*). Ah..., la inspiración de joder a los demás, de hacer daño para reivindicar ficciones; que si tierras, que si dioses, que si mierda en vinagre. El terrorista es como el escritor, se hace. Unos chicos como nosotros, en vez de alimentarse de libros, se alimentaron...

MAURO: ...de fanatismo.

MARTA: No..., de maldad. Tal vez son malos de nacimiento. Gente mala, simplemente mala; al igual que nacen los escritores, nacen los terroristas. Qué mierda de mundo, los escritores no pueden neutralizar a los terroristas. Un buen poema no puede desactivar una bomba. ¡Es injusto que un poema no pueda

desactivar una bomba! Es injusto que no podamos escribir ese poema perfecto...; ojalá la literatura fuera la única patria, la única religión, la única verdad. La verdad de lo inventado que no hace daño a nadie, la patria de los versos que nos eriza la piel y nos conmueve, y nos hace ser generosos, nos hace querer, nos hace amarnos.

Llega Sara cojeando con una muleta, se nota que le falta la mano izquierda que es un muñón vendado, y cojea con la derecha. Se apoya en la muleta, con el brazo derecho y esa mano. Lleva una bolsa de tela cruzada con algunas cosas dentro.

SARA: No me lo puedo creer. ¡Nuestro Mauro!

MAURO: Sara, ¡qué alegría verte!

MARTA: Hola, Sara, preciosa.

SARA: Os vi desde la ventana, pero a Mauro no lo reconocí. ¿De qué estabais hablando?

(Mauro y Marta se miran).

MAURO: Estoy tomando unos cursos de finanzas y contabilidad. Estudios extra para labrarme un futuro. Mis padres se han empeñado. Pero siéntate, Sara.

SARA: Tranquilo, estoy bien así. Se te ve estupendo *(sonríe)*. Estás incluso guapo.

MAURO: Tú también te ves muy bien.

SARA: Bueno, más o menos. Un poco tullida, ¿no? *(mira a los dos con una sonrisa)*. Me encuentro mucho mejor. Estos meses de rehabilitación en Toledo me han ayudado un montón.

MAURO: Me alegro mucho, Sara.

(Silencio).

SARA: Por cierto, ya no escribes en el blog.

MAURO: ¿Lo has notado?

SARA: Claro, aunque no me gusten las tabletas digitales y reivindique las librerías, tengo un ordenador en casa y todavía navego por la red.

MAURO: Me quedé sin palabras. Ya no me sale contarle mi vida al universo cibernético.

SARA: ¡Con lo que me gustaba criticarte con Marta!

MAURO (*sorprendido*): ¿De verdad?.

SARA: Es broma. Caramba, Mauro, cómo se nota que llevamos mucho tiempo sin vernos. Antes no se te escapaba casi ninguna.

MAURO: Perdona (*mira el reloj*), es que tengo una cita y ando algo nervioso.

SARA: ¿Romántica?

MARTA: Sara, no seas mala (*riéndose*).

MAURO: Nada de índole amoroso. Una simple consulta. Bueno, me tengo que ir (*da dos besos a cada una*). Tenemos que quedar otro día con calma, ¿no?

SARA: Pues claro. Me da mucho gusto veros a los dos.

MARTA (*mirando a Mauro*): Entonces, ¿contamos contigo para la próxima vez?

MAURO: Por supuesto (*se va alejando*). Pasadlo bien.

MARTA y SARA: Adiós.

(*Mauro sale del escenario*).

MARTA (*mirando a Sara*): ¿Qué quieres que hagamos?

SARA (*se sienta*): Quedarnos en este banco. Me gusta la sensación de estar aquí. No te imaginas la de horas que pasé aquí de niña con mi abuelo dándole de comer a las palomas granos de arroz y migas de pan.

MARTA (*sentándose también*): ¿De verdad?

SARA (*señalando al frente*): Esa parte de allí tenía columpios de hierro, un tobogán de esos que se oxidaba y se rompía, y terminaba enganchando las bragas y los leotardos.

MARTA: ¡ De qué cosas te acuerdas!

SARA: Esto estaba siempre lleno de niños. Quitaron los columpios, pusieron baldosas y se comieron la mitad del espacio con ese aparcamiento. Ya no hay niños, ni siquiera quedan palomas...

MARTA: Las palomas destrozan los edificios y muchos monumentos con sus cagadas.

SARA: Más destroza el ser humano.

MARTA (*baja la cabeza, con tristeza*): Ya.
(*Silencio*).

SARA: A veces me angustio pensando en el profesor... ¿Cómo se sentiría en esos últimos instantes?

MARTA: No lo sé (*con gesto de tristeza, mirando al frente con los ojos perdidos*).

SARA: Todavía noto el eco del pitido ensordecedor y ese golpe arrancándome los dedos de cuajo, como si hubiera pasado una cuchilla. De la pierna no me di cuenta. Me caí al suelo. Miraba mi mano, buscaba los dedos y sólo veía sangre. No perdí el conocimiento hasta que no llegué al hospital. Recuerdo a los paramédicos y yo tirada en el suelo mirando el espacio vacío de mi mano sin mis dedos (*Sara se mira la mano convertida en muñón*). Mi mano ya no era mi mano. Realmente no quedaba ni siquiera la palma de mi mano. Yo tenía la sensación de que sólo me faltaban los dedos. No era consciente de que brotaba sangre de la muñeca, de que era un corte limpio.

MARTA: No sigas, Sara. Perdona (*solloza y se tapa la cara con las manos*).

SARA: ¡Marta! (*la mira*). Pero mujer, no llores, si soy yo la que se ha quedado tullidita (*sonríe*). Marta, cálmate, venga, cálmate (*Marta continúa sollozando y se abraza a Sara*). Te pareces a mi madre, yo vendada en el hospital y ella venga a llorar a mi lado. Era un no parar, ya no sabía ni qué decirle, entre las má-

quinas, que no podía ni levantarme a hacer pis, el gotero y mi madre llorando en estéreo, con la tía Lupi. Ufff (*suspira*). No hay manera con ellas, no se cómo hacer para que entiendan que bueno, así me he quedado. Y ya.

MARTA: Lo siento, Sara (*recuperando la compostura*). Todo esto me ha dejado tocada, totalmente desorientada. Transformada en un ser que sólo sabe llorar y sentir rabia.

SARA: Hum..., si yo, encima de haberme quedado troceada, me sintiera así como dices, no sé lo que haría. Lo que me duele es pensar en el pobre profesor. Yo me adelanté, ese día había decidido ir a ver a Rodrigo.

MARTA: ¿Al librero?

SARA: Sí, estaba molesta y quería que me explicase el tema de esa obra que había montado en la librería y aceleré el ritmo. El profe estaba mirando unos mensajes de su teléfono móvil, me dijo que siguiera, que no tenía que esperarle. Además, yo no iba a coger el metro, la librería de Rodrigo está relativamente cerca, a un paseo (*suspira*). Si no hubiera tenido tanta prisa por ver a Rodrigo, ahora estaría muerta. El profe y yo siempre tomábamos el metro juntos. Él se bajaba dos estaciones antes que yo. Le gustaba divagar sobre algunas de las ideas del taller que surgían en cada clase.

MARTA: Nos descolocó el aviso de bomba.

SARA: ¿Quién iba a imaginar que la hubieran puesto de verdad?

MARTA: No teníamos que habernos quedado merodeando tan cerca de la zona.

SARA: No sabíamos si era una falsa alarma. Además, fue una trampa siniestra, planeada para hacer daño. Y mira (*se observa el muñón y agita el brazo*), lo lograron.

MARTA: Teníamos que habernos marchado. Habernos alejado a toda prisa.

SARA: Hubiera pasado igual. Piensan que fue el teléfono móvil del profe el que la activó. Además, esa calle no estaba acordonada.

MARTA: Tenían que haber acordonado un perímetro más grande. Haber revisado todos los coches.

SARA: Eso era imposible. Estaba en una callejuela. Lo que no entiendo es, ¿por qué la pusieron allí? Aquel lugar se convirtió...

MARTA: ...en el infierno (*voz llorosa*).

SARA: No empieces, Marta, ya no merece la pena gastar una lágrima más... (*levanta la muleta con el brazo bueno*). Mira, si me esfuerso, quizás pueda ir a los juegos paralímpicos.

MARTA: ¿Los paralímpicos?

SARA: Sí, ¿por qué no?

MARTA: ¡Pero si nunca has practicado ningún deporte!

SARA: ¿Te imaginas la cara de sorpresa de todo si me pongo a ello y termino en las paraolimpiadas?

MARTA: Sara (*sonriendo*), cómo eres.

SARA: Menos mal que ya te he hecho reír. En serio, tal vez me anime. Eso sí, tendría que enterarme de la clase de deportes que puedo practicar con este nuevo aspecto.

MARTA: No tengo ni idea. Yo es que de deportes...

SARA: Yo tampoco, pero como te puedes imaginar, aprender a andar con una sola pierna ha sido complicadillo. Creo que estoy más en forma que antes porque tienes que tener los músculos fuertes y mucho equilibrio. Sobre todo por culpa de este brazo (*levanta el brazo con muñón*). No me termino de acostumbrar y uso el otro demasiado. Lo fácil era tener dos muletas al principio y con una sola he tenido que hacer piruetas.

MARTA: ¿No te van a poner una prótesis en el brazo?

SARA: Sí, pero llevará un tiempo. Quiero analizar mis opciones. Como no termina de cicatrizar bien el corte del brazo, estamos esperando.

MARTA: Todas esas cosas han avanzado mucho, seguro que lo que te ponen ni se nota.

SARA (*sonriendo y mirándose el muñón vendado*): Tal vez deba darle un toque vanguardista, y ponerme un garfio al puro estilo pirata.

MARTA: ¡Sara, qué cosas dices!

SARA: Deformación profesional..., ya sabes, estoy decidida por el teatro. Si fuera un personaje en una obra, pese la adversidad, mantendría mi sentido del humor intacto (*sonríe y pierde la mirada hacia el público*).
(*Silencio*).

MARTA: ¿Has vuelto a ver al librero?

SARA: Se pasó un día por el hospital, al principio, pero luego no volvió (*sonríe*). Yo creo que mi madre y la tía Lupi lo ahuyentaron (*se ríe...*, *pero vuelve a un tono triste*). Se me hizo eterna la convalecencia. (*Silencio y suspira*). Lo peor era pensar en el profesor.

MARTA (*conteniendo las lágrimas y tapándose la boca*): Ya (*suspira*).

SARA: De pequeña creía en esas teorías de que nuestra voz siempre está sonando en el espacio, de que es un eco invisible que nunca se apaga.

MARTA (*sorprendida*): ¿De verdad?

SARA: No lo sé, era una de esas teorías que hacía que la gente con unas grabadoras intentase encontrar el eco de voz de personas famosas que ya no existían. Algo parecido a la luz de las estrellas.

MARTA (*sorprendida*): ¿La luz de las estrellas?

SARA: Sí, vemos el rastro brillar, pero algunas son astros de otras galaxias que ya no existen.

MARTA: ¡Qué cosas piensas!

SARA: Sí, cosas raras (*suspira, silencio*). No puedo evitar volver a aquel instante final. Pensar en el profesor. ¿Tú crees que se dio cuenta?

MARTA (*triste*): No lo sé. Tal vez fue algo parecido a lo que tú sentiste.

SARA (*pensativa*): No, creo que no. A él le tocó de lleno y dejó de existir.

(*Silencio*).

SARA (*mirando a Marta*): ¿Tú crees que el trazo del último pensamiento puede dejar huella, como las voces perdidas o el rastro de las estrellas?

MARTA (*dubitativa y nerviosa*): No lo sé. No tengo ni idea.

La escena se funde en oscuridad total, quedan ellas a oscuras, inmóviles, sentadas en el banco.

Segunda escena

Oscuridad total, aparece la cabeza del profesor iluminada, maquillada ensangrentada, el resto vestido con malla negra. La cabeza parece flotar en el aire. En segundo plano, en la penumbra, están Marta y Sara sentadas en la misma posición que quedaron la escena anterior en el banco. El foco ilumina el rostro del profesor durante todo el monólogo.

PROFESOR: No existo. No soy nada. Soy el instante que se fragmenta en pedazos. Ese pitido que revienta los oídos. Ese amargo presentimiento, la densidad de todos mis pensamientos condensados en este extraño momento. Mi vida rota, ya no tengo vida, ya no existo. Soy el eco de este pensamiento que trata de perdurar en el instante tenebroso que me deshace, que me rompe, que me desmiembra, como un animal en el matadero recién cortado. En cada pieza sin piel clavan un gancho, la cuelgan en esos congeladores de habitaciones inmensas. Car-

ne fría que ya no se parece al animal que respiraba. Carne fría que ya no siente nada.

No existo, algo explota a mi lado. Soy yo el que explota y me esparzo con los tornillos y los clavos, con la chapa del metal retorcido, con los cristales, con la energía del odio. Alguien ha querido que ya no exista. Ha decidido por mí mi inexistencia. Soy la víctima perfecta, un infeliz que camina por la calle en el momento equivocado. Con mis pedazos siembro el miedo. Quieren que mis pedazos llenen el aire de miedo. ¿Dónde están mis alumnos? ¿Dónde está Sara? Ella se adelantó, tenía prisa. Tal vez tampoco exista. Tal vez sólo alcance a arañar los últimos pensamientos que habitan en un instante, la ominosa noción de la inexistencia.

Todo está desordenado, dejé todo tan desordenado, las tazas de días sin fregar, con el café pegado en el fondo. La gata, que se acuerden de la gata, que alguien se ocupe de la pobre gata. Que desconecten la radio despertador que tengo programada, que presenten mi libro sin mí.

¿Qué pensar cuando los pensamientos ya no existen?

¡Qué extraño es el último segundo antes de que todo se detenga! Este eco de presentimientos que parecen repetirse. Soy consciente de este final trágico, de mi final, mi injusto final. Me han arrebatado la vida. ¿Quién ha sido? ¿Cuánto dura este estado, este aliento disperso de anhelos?

Vértigo, ahora todo es vértigo y ahogo. La gata, que no se olviden de la gata. Que rieguen las plantas. Mi cerebro se reparte el pensamiento. Mi casa se dibuja en este rastro que dejan mis entrañas esparcidas. Mi casa con la luz de los otoños, las palabras que escribo, el café en la mañana cuando busco una idea, esa idea nueva luminosa, bostezo conmigo, bostezo y se llena del aire caliente de mi boca. Esa idea que

quiere crecer, florecer en la página convertida en oxígeno, en pensamiento hermoso. ¡Qué me dejen volver a mi casa! ¡Volver a mis mañanas cuando cocino pensamientos y escribo sin parar con el aliento vivo de una idea que desea existir sobre todas las cosas!

Esta mañana yo tuve una idea, un cuento anudado a otros cuentos. Ya estaban allí tres de sus personajes, rodeaban mi mesa y me miraban con los ojos clavados en mis manos. Silenciosos, esperaban que yo les diera un nombre, que les dejara existir describiendo su rastro, dibujando sus vidas con mis dedos. Allí estaban los tres mientras yo bostezaba y esperaba que el agua rompiera a hervir y se mezclara con el grano de café recién molido. Ese olor de amanecer lleno de ideas, esa taza humeante, esa rutina de gestos familiares y felices. Esos tres personajes me buscaban, sabían que intuía su historia, y estaban allí para asegurarse de que mi prosa no los iba a traicionar, de que bordaría las palabras de mi imaginación con cada uno de sus gestos. Un tapiz, un mantel de encaje, palabras como hilos de colores, ansiedad de personaje que quiere existir a toda costa, y mi cabeza dando vueltas. Rotando en la inercia de una sacudida infinita. El pestañeo como último aliento de vida. El simple pestañeo (*cierra los ojos*).

Oscuridad total.

Tercera escena

Retorna la luz, Sara y Marta continúan sentadas en el banco.

SARA: Qué curiosa es la vida. Nos suceden cosas que jamás podemos imaginar. Planeamos nuestra existencia en abstracto, queremos ser esto o aquello. Vivimos sin darnos cuenta de lo que tenemos (*suspira y sonríe dulce*). Me gusta este banco, aquí también pasé mi adolescencia pensando en el desamor y comiendo pipas (*sonríe a Marta*). Anda, abre mi bolsa de tela. (*Sara se quita el bolsón de tela, Marta le ayuda, saca una bolsa de pipas y una botella de agua mineral de medio litro*).

MARTA: ¿Y esto? (*sonríe*).

SARA: Me relaja comer pipas (*sonríe*), ¿quieres?

MARTA: A mí me pone nerviosa, porque no se qué hacer con las cáscaras.

SARA: Son orgánicas, no pasa nada porque las tires al suelo. ¿Me la abres? (*dándole a Marta la bolsa*).

MARTA (*la va abriendo*): Sí, claro.

SARA (*con humor*): Todavía no me han puesto un garfio con tijera (*se mira el muñón*). Será muy práctico para abrir bolsas. (*Marta ya ha abierto la bolsa y Sara saca un puñado*).

SARA (*mirando a Marta, le ofrece*): ¿Quieres?

MARTA: No gracias.

SARA: Tienen sal, están muy ricas (*empieza a comer y va tirando las cáscaras al suelo*). Las pipas me recuerdan al verano.

MARTA (*queriendo expresar su incomodidad suavemente*): Las cáscaras de pipas por el suelo me sacan un poco de quicio, como las cáscaras de langostinos y los mondadientes o las servilletas de papel arrugadas inundando el suelo de algunos bares.

SARA: Sí (*comiendo pipas*), tenemos la mala costumbre de regarlo todo (*tira las cáscaras al suelo*).

MARTA (*abre su bolso, saca un pañuelo de papel y lo extiende en el asiento del banco entre ellas dos*): Puedes poner las cáscaras aquí.

SARA: Martita, deja que las tire al suelo, te prometo que desaparecen antes de lo que imaginas (*continúa comiendo pipas y tirándolas al suelo*).

MARTA (*resignada*): En fin, no me pondré pesada.

SARA (*irónica*): Vaya, como me he quedado troceada ya no me discutes nada (*continúa comiendo pipas y tirándolas al suelo*).

MARTA: Es verdad, voy a insistir, me parece una cochinada que las tires al suelo.

SARA: Siempre he sido un poco cochina (*sigue comiendo pipas y las tira al suelo, suspira y mira al frente con los ojos perdidos*). Qué mierda que no seamos como las lagartijas. Les cortan la cola y les sale otra (*sonríe*). La ilusión que me haría que me creciera el pie y el trozo de pierna que me falta (*se mira el muñón*) y sobre todo la mano. Lo que me está costando acostumbrarme a no tenerla.
(*Silencio*).

SARA: ¿Te has fijado lo bien que se veía Mauro?

MARTA: Sí, parece que tiene un toque de madurez existencial muy atractivo.

SARA: Se hizo mayor de pronto. Ahora me da pena que no siga escribiendo en su blog. Seguro que sus pensamientos son más interesantes (*suspira*). También yo he madurado un poco (*sonríe*), pero sólo en algunas cosas (*mirando a Marta*). ¿Sigues escribiendo?

MARTA (*enseña a Sara el cuaderno*): He abandonado un poco la tableta, ahora sólo salgo con este cuaderno cuando quiero escribir cosas muy íntimas. Como decía el profesor, la mano que escribe sobre el papel dibuja el latido de las palabras, y creo que algo de razón tenía.

SARA: ¿Estás escribiendo versos?

MARTA: Sobre todo pensamientos rabiosos. Reflexiones llenas de amargura.

SARA: Yo también quiero escribir, ahora que me encuentro mejor debería intentarlo.

MARTA: ¿Teatro?

SARA: Sigo dándole vueltas a aquella idea del traspaso (*mirando a Marta*). Nunca vi la obra que montaron, y ese día quería ver a Rodrigo para pedirle explicaciones.

MARTA: ¿Qué clase de explicaciones?

SARA: No lo sé, suena muy ridículo pero yo estaba dolida porque alguien se me había adelantado y había escrito una obra que sucedía en una librería, precisamente en su librería. Exactamente igual a lo que yo llevaba meses rumiando y comentándole (*suspira, silencio*). Luego volamos por los aires (*sonríe*) y el tema del teatro pasó a un segundo plano.

MARTA: Parece que fue ayer cuando le dabas vueltas a las ideas.

SARA: Al eco de una idea, retumbando en mi cabeza como la voz de los que vivieron, como la luz de las estrellas, como aquel instante que se llevó al profesor.
(*Silencio, Sara vuelve a comer pipas*).

Entra Mauro cabizbajo, regresa por el mismo lado que salió, pasa delante y se detiene sorprendido.

MAURO: ¿Todavía estáis aquí?

SARA: ¡Qué mejor lugar que el banco de la infancia para comer pipas!

MARTA: Siéntate con nosotras, te hacemos un sitio.

MAURO (*tristón*): No, no os preocupéis.

SARA: Con la cara que traes, mejor será que te sientes y nos cuentes.

MAURO: No, no ha sido nada.

SARA: Comparado con lo que nos pasó al profe y a mí imaginamos que no ha sido gran cosa. Pero tienes cara de disgusto y ahora que no escribes ese jugoso blog lo mínimo que puedes hacer es contárnoslo.

MAURO (*sonríe dulce*): Venga, vale, hacerme un sitio (*se sienta en medio de las dos*).

SARA: ¿Entonces?

MAURO: Vengo de una cura de humildad.

MARTA: ¿Cura de humildad?

MAURO: Sí, un pequeño desengaño creativo.

SARA (*maliciosa*): La cosa se pone interesante.

MAURO (*mirando a Sara*): Veo que no has cambiado.

SARA: ¡Menos mal! (*sonríen todos*).

MAURO: Cuando dejé de escribir el blog, después del atentado, me sentía vacío. Una cosa muy extraña entre estar hueco y notarse agrietado por todas partes.

MARTA: Se lo que es eso (*se miran Marta y Mauro en silencio*).

SARA (*sonríe con tristeza y mira al vacío*): Yo he pasado tantas horas inmóvil en la cama del hospital que me llené la cabeza de pensamientos. Todo daba vueltas, recuerdos, ideas, pensamientos idiotas, obsesiones y el cansancio doloroso.

(*Los tres en silencio mirando al frente, pensativos*).

MAURO: Siempre he querido ser escritor, como si ser escritor nos hiciese invencibles. Un poder omnisciente sobre los pliegues de las palabras. Creía que podría tener esa capacidad para inventarlo todo, para transformar cualquier idea en relato. Que con esfuerzo podría depurar ese anhelo y convertirme en escritor de verdad (*saca la novela del profesor de la bolsa de tela*). Como el profesor, que logra conmovernos con la simplicidad de una trama bien dibujada, la historia sencilla de tres amigos que se reencuentran y buscan las claves de lo que soñaron ser, cuando

parece que ya no les queda ninguna esperanza (*suspira*). Cualquier historia puede ser hermosa si sabes escribirla bien, si entiendes su pulso, si intuyes lo que significa la literatura, lo que implica querer escribir y hacerlo con la obsesiva tenacidad del que tiene vocación de eternidad en las miradas ajenas (*suspira*).

SARA (*risueña*): Hablas como si estuvieras escribiendo una nueva entrada en tu blog. (*Le coge la mano a Mauro con su mano derecha*). Me alegra que estés recuperando el aliento de la ficción. Mauro, no lo dejes.

MAURO: Soy un fracasado.

MARTA (*preocupada*): ¿Por qué dices eso?

SARA (*sin darle importancia*): Te estás poniendo demasiado solemne, Mauro.

MAURO: El blog me ayudaba a ordenar el mundo que me rodea. A reflexionar sobre la realidad. El taller con el profesor me servía para refinar esa pasión desmedida por las palabras. Para entender la buena literatura y la mecánica de la prosa y los versos que tratan de permanecer. Os dije que quería ser escritor de novelas policíacas porque era lo poco que había leído cuando entré al taller. Bueno, miento, eso y novelas de ciencia ficción.

MARTA: ¿Ficción científica?

MAURO: Yo siempre lo he llamado ciencia ficción. Heredé de mi abuela una antigua colección de libros de ese tipo que publicaron hace un montón de años. Una serie de volúmenes alucinantes que leí sin parar siendo niño. Una y mil veces.

MARTA (*sorprendida*): ¿Por qué no nos lo contaste nunca?

MAURO: Me sentí un poco ridículo cuando empezamos en el taller y tu fuiste la primera en presentarte. ¡Habías leído tantas cosas! Decías nombres de autores que no me sonaban a nada.

SARA: Si te sirve de consuelo, a mí algunos tampoco.

MAURO: Al profesor se le iluminaron los ojos escuchando a los que

nombrabas. Y tú, Sara, tal vez no tenías ni idea de los poetas pero has leído mucho más que yo. Tienes incluso una librería favorita que frecuentas.

SARA: Eso ayuda, porque en mi casa desgraciadamente nadie ha leído. Mi madre se enchufa a los seriales y a los programas de cotilleo basura..., es una pena. Yo a los libros llegué tarde, pero una vez que entré en ellos me convertí..., pero todavía me falta mucho para ser la perfecta lectora. Eso sí, después de cada lectura me entra un deseo de escribir inmenso, sobre todo de hacer teatro. Siempre ando fantaseando con lo que un día haré... Por eso me apunté al taller, tenía ideas pero no sabía cómo empezar.

MAURO: Yo aquel primer día me escudé en lo que vosotras habíais leído, haciendo como si ya lo conociera todo, y nombré a ese par de autores de tramas policíacas que sí había leído. No se por qué me daba vergüenza decir que yo sólo leía ciencia ficción y tebeos de superhéroes. Luego, cuando volví a casa, me di cuenta de lo tonto que había sido tratando de aparentar otra cosa, tratando de hacerme pasar por un joven aspirante a escritor que lo había leído casi todo. Pero ya no podía recular y debía mantener las apariencias, me saqué el carnet de la biblioteca de mi barrio y traté de ponerme al día sobre todo con lo contemporáneo. Pensé que además con mi blog y todo el cine que he visto podría compensar las carencias (*mira a Sara y luego a Marta*), porque en cine no me ganáis ninguna de las dos (*suspira*). Tengo carencias serias, como diría el profesor, y además es que, cuando intento subsanarlas, me aburro. ¿Quién se va a poner a leer ahora a los escritores del Siglo de Oro?

(*Marta y Sara abren mucho los ojos y ponen cara de desesperación*).

SARA: Pues si quieres llegar a ser un dramaturgo con algo de interés, lo mínimo es leer a Calderón y a Lope.

MAURO: Yo nunca he querido ser dramaturgo.

SARA (*irónica*): Menos competencia.

MARTA (*con dulzura*): Para la ficción Cervantes es clave..., vamos, que a tu edad el Quijote es lectura obligatoria....

MAURO: Uff, qué pereza.

MARTA: Uff, qué mal te veo.

MAURO: Ya, por eso tal vez me merezca ser un escritor fracasado.

MARTA: Pero Mauro, si todavía no te has puesto en serio...

MAURO: Sí, sí me he puesto en serio. Yo ya tenía escrito el borrador de una novela futurista. La trama era muy confusa, pero son personajes y cosas que ya vi con once años.

MARTA: ¿Con once años?

MAURO: Es el universo de Gronang.

SARA: ¿Gronang?

MAURO: En una galaxia que ahora se está empezando a formar (*Mauro se incorpora y habla de pie dando algunas vueltas delante de Marta y Sara*), sus habitantes parecen humanos como nosotros pero proyectan sombras inteligentes que se comunican. Esos seres sufren del desdoblamiento del yo inteligente.

SARA: ¿Desdoblamiento del yo?

(*Sara pone gesto de total extrañeza y mira a Marta que sonríe con cariño y hace un gesto de sorpresa con los hombros. Mauro continúa hablando de pie, absorto en sus palabras y mirando hacia el público*).

MAURO: Una galaxia con sistemas planetarios donde la evolución ha generado energía invisible inteligente que puede comunicarse con esos seres casi idénticos a los humanos. Sus sombras también quieren existir como entidades autónomas y libres, se rebelan, transmiten sus señales desde cualquier espacio sobre el que se proyectan.

SARA: ¿Hablan?

MAURO: A eso le he dado muchas vueltas, pero creo que hablar así como nosotros no, porque suena poco verosímil. ¿Qué clase

de cuerdas vocales tendrían?, son sombras. Lo mejor es la telepatía.

MARTA: Parece un mundo futurista un poco esquizofrénico.

MAURO: ¿Por qué?

MARTA: El pensamiento telepático. Esa energía de voces que parece que escuchamos..., la genera nuestra propia cabeza. Si fuera en esta realidad, esa imagen de la sombra que se comunica con nosotros es un síntoma claro de locura. Qué curiosa es la ficción... (*suspira y sonríe mirando a Mauro*). Hay cuentos hermosísimos con desdoblamientos y sombras que se rebelan.

MAURO: ¿De verdad?

MARTA: Sí, uno maravilloso de Christian Andersen sobre la sombra de un hombre que se vuelve corpórea y se apropia de su existencia. Es buenísimo. Se titula "La sombra" y está escrito, figúrate..., en la primera mitad del siglo diecinueve...

SARA: Y también está la sombra de Peter Pan...

MAURO: Es cierto, y pensar que con esa idea de las sombras creía que al menos era original...

MARTA: Mauro, si ser original es lo de menos, lo importante es tratar de construir cosas desde tu perspectiva, ir depurando con tu voz. La voz de uno, la voz propia es el ingrediente de la supuesta originalidad.

MAURO (*continúa de pie*): Había escrito el comienzo de una larga saga. En el universo de Gronang ha sucedido una hecatombe que destruye varios planetas vivos de las galaxias Yud y Catal.

SARA: ¿Hum?

MAURO: Sí, suena confuso. Pero (*saca de su bolsa de tela un grueso manuscrito y lo muestra*) aquí tengo un arranque de doscientas páginas que he ido depurando en los últimos meses. He dejado todo de lado, quería sacar de mi cabeza esta energía interplanetaria que forma parte de mí, de la imaginación de

mi niñez. He tratado de buscar claridad, movimiento, y que tuviera verosimilitud interna..., que todo fuera creíble.

MARTA: ¿Puedo ver? (*Marta coge el manuscrito y lo hojea en silencio*).

MAURO: El Universo de Gronang explotando por cada uno de sus confines galácticos.

SARA: ¿Qué genera esa crisis?

MAURO: El odio.

(*Marta mira sorprendida y preocupada a Mauro*).

SARA (*con curiosidad*): ¿El odio?

MAURO: Sí, un odio visceral entre las sombras y los seres que las proyectan.

SARA: ¿Eso lo imaginaste de niño?

MAURO: No, lo vi ahora. Eso me fue surgiendo recientemente y lo he ido incorporando. Me sentía pleno escribiendo el arranque de esta saga. Como si al escribir pudiera conjurar ese hueco agrietado, esa desazón que había quedado. Ya no podía hablar ni escribir como antes sobre mis rutinas o mis pequeñas dudas existenciales. Había terminado con el blog pero el universo Gronang estaba allí.

MARTA (*abre el manuscrito y lee en voz alta*): En las cuevas subterráneas de la zona más rocosa del último planeta de la galaxia Catal escondieron las sombras su arsenal de poder. Fueron guardando todo lo que habían acumulado a lo largo de los años en los que se habían sentido oprimidas por sus dueños. Las siluetas que nacían de la luz proyectada sobre los cuerpos de carne y huesos, planeaban un golpe atroz que bloqueara el pensamiento de los cerebros grises de sus antiguos dueños. Se habían liberado pero sentían que para poder reclamar su propia existencia en toda su magnitud debían hacer desaparecer su galaxia de origen, el sistema planetario de los tres soles que durante tantos siglos les hizo esclavos de aquellos cuerpos que

ahora querían destruir (*Marta mira a Mauro con extrañeza y dulzura*). Veo que esto es ficción científica apocalíptica.

MAURO (*con mucha rabia*): Es una mierda.

MARTA (*sorprendida*): Tampoco voy a emitir un juicio así de radical y negativo. Déjame leerlo todo y te digo.

MAURO: No te preocupes, yo ya sé que es una auténtica mierda.

SARA: Mauro tampoco seas tan duro, a mí tampoco me importaría leerla, aunque de esas cosas de ciencia ficción, o como se llame, no entiendo ni jota.

MAURO: Vengo de ver a un joven editor. Mi cita tan importante de antes era con un joven editor. Me ha dicho que es un libro fallido. Vamos, finalmente me ha dicho que es una mierda.

MARTA: No te pongas así, los primeros libros suelen ser fallidos.

SARA: Tal vez en el fondo ha sido un ejercicio, tu taller personal de estos meses que habíamos dejado de tener el taller.

MARTA: Lo importante es que lo has intentado

MAURO: He pasado horas y horas escribiendo sin descanso, fue como un vómito en el que todo tenía sentido. Pensé que era mi gran obra, que mi opera prima sería revolucionaria.

MARTA (*dulce pero extrañada*): En el ámbito de la ficción científica..., ¿no?

MAURO: Bueno sí, en mi mundillo de galaxias y planetas por descubrir.

SARA: Tal vez debas buscar otro editor.

MAURO: Este es el único que conozco al que le interesa el tema. Realmente no se me ocurre otra persona. Además, la crítica de este editor ha sido demoledora. Vamos, que es un libro fallido.

MARTA: No te preocupes, escribirás otro. Encontrarás otras posibilidades. Mauro, no lo dejes, sigue escribiendo y, sobre todo, sigue leyendo.

SARA: Tiene razón Marta, esto no significa el final. Es el comienzo de una nueva etapa. Vuelve al blog, si nadie te lo va a publicar, vuelca esta visión futurista en tu página cibernética. Seguro que encuentras lectores que te entienden y a los que les gusta ese universo... ¿Cómo se llamaba?

MAURO: Gronang.

SARA: Eso, el universo Gronang.

MARTA: Sí, puedes autopublicarte en la red.

MAURO: ¿Y si es de pésima calidad como me ha insinuado este editor?

MARTA: Si quieres lo leo y te digo.

MAURO: ¿Lo harás?

SARA (*con malicia*): Veo que la opinión de Marta la valoras tanto como la de un editor.

MAURO: Marta ha leído mucho.

MARTA: Sí, pero muy poca ficción científica, lo más cercano que conozco bien es el género fantástico. Descuida que esta semana lo leo y te digo lo que pienso con total sinceridad.

MAURO: Gracias.

MARTA: Luego se lo paso a Sara.

MAURO (*mirando a Sara*): Si quieres te mando el documento por correo electrónico mañana y así ya lo pueden leer antes.

SARA (*con algo de resignación*): Yo lo leo porque es tuyo pero ya te he dicho que a mí la ciencia ficción no me dice mucho.

MAURO: Gracias, chicas, ahora me siento mejor.

SARA: Todavía no te hemos dicho lo que nos parece.

MAURO (*se vuelve a sentar entre las dos*): Estar aquí con vosotras me hace sentir reconfortado. El fracaso se endulza.

MARTA: Mira, Mauro (*le mira con cariño y le aprieta la pierna*), si quieres crecer como escritor ponte a leer el Quijote.

MAURO: ¿Creéis que a estas alturas me ayudará?

MARTA y SARA (*a la vez*): ¡Por supuesto!

MAURO: ¿Cuenta haberlo visto en dibujos animados?

(*Marta y Sara ponen gesto de desesperación y sonríen*).

MAURO (*mira el reloj y se incorpora*): Pero qué tarde es. Me voy a tener que ir. He quedado a tomar unas cañas y jugar unos futbolines con unos amigos... Si queréis... (*mira dubitativo e incómodo a Sara*).

SARA: No, no, yo estoy bien aquí. A mí es que los futbolines... nunca me han dicho nada...; vamos, como la ciencia ficción...

MARTA: Sí, estamos bien aquí. No te preocupes por nosotras.

MAURO (*con gesto de satisfacción*): Bueno, guapas (*se agacha, las da dos besos y se va marchando*), nos vemos pronto.

MARTA: Adiós.

SARA: Chao. (*Silencio*).

SARA: Somos un poco hipócritas, ¿no?

MARTA (*sorprendida*): ¿Por qué dices eso?

SARA: Ese manuscrito (*lo señala con el muñón*) tiene pinta de ser infumable.

MARTA: ¡No digas eso, dale una oportunidad!

SARA: Marta, en un momento de debilidad Mauro nos ha confesado que es un borrico, que se alimenta del cine y de la ciencia ficción. Eso está bien, no lo cuestiono. ¿Pero cuándo ha empezado a leer de verdad? Las cuatro lecturas del profe en el taller y algunas novelitas de la biblioteca...; eso sí, contemporáneas...; no sea que las otras se le atraganten...; y nosotras como somos unas hipócritas... venga, a consolarle (*con tono cursi y burlándose*). No te preocupes, Mauro, tú ponlo en la red que seguro que encuentras lectores apasionados de tu universo Grungy...

MARTA: Me parece que es Gronang (*mira el manuscrito*); sí, es Gronang.

SARA: Pues eso, Gronang. Este Mauro tiene el auténtico ego de escritor, de eso no hay duda; le dan su primer palo y lo digiere en

diez minutos. Qué suerte ha tenido al encontrarse con nosotras que le hemos dado (*burlándose*) consuelo y aliento (*se ríe*). ¡Menudo par de hipócritas somos!

MARTA (*molesta*): A mí no me incluyas.

SARA: Ya lo estoy viendo (*burlándose*), este apoyo incondicional que le hemos dado contribuirá a que esta noche al regresar de esa sesuda partida de futbolines, retome su blog y escriba una entrada titulada “El dulce fracaso”. Allí relatará su lucha por ser escritor y transmitir su universo futurista visionario...

MARTA (*sorprendida*): ¿Sara?

SARA: Este cretino nos viene con su universo Grungy futurista, pero le llevas al teatro a ver una obra posmoderna sobre el pensamiento artificial y no se entera de nada... Claro, es que el cine es otra cosa. Te tragas cualquier basura con rayo laser y persecución vertiginosa... Pero no le metas en una sala de teatro alternativo que le entra urticaria y sudores fríos.

MARTA: Yo no soy una hipócrita, Sara, no me metas en el mismo saco. Yo realmente creo que todo el mundo tiene derecho a intentar ser escritor. Mauro tiene oído.

SARA: Y un ego de aquí a Barcelona pasando por Valladolid y Zaragoza.

MARTA (*se ríe*): Madre mía, Sara, no pensé que todavía le guardases rencor.

SARA: Si no le guardo rencor, le tengo cariño, pero tienes que reconocer que este Mauro se las trae. Se da unos aires...

MARTA: Venía disgustado y ha compartido con nosotras algunas confesiones muy íntimas.

SARA: Sí, pero para darnos pena y que digamos lo contrario (*burlesca*). Pobrecito Mauro, qué malos son los editores...

MARTA: Había autocritica en sus palabras. Ha reconocido que le faltan muchas lecturas.

SARA (*sarcástica*): ¡Por eso se va a leer el Quijote en cuanto llegue a su casa! Es más, espera unas semanas, bueno, un par de meses, porque no creo que pueda mastcarlo, tragarlo, digerirlo y entenderlo en menos tiempo. Pues eso, en unos mesecillos Mauro escribirá la entrada definitiva de su blog que le consagrará como joven promesa: “Alonso Quijano me hizo escritor”.

MARTA (*con gesto de asombro*): ¿Cómo?

SARA (*irónica*): Sí, Marta, no será Don Quijote de la Mancha la fuente de inspiración de nuestro querido amigo. Mauro despertará a la cordura como Alonso Quijano... el Bueno... Nuestro Mauro abominará de los libros de ciencia ficción y buscará en el tono realista de su nueva prosa guiños y chascarrillos con los jóvenes de su generación. Escribirá novelas apasionantes sobre la esencia de ser joven y hacer el idiota y, por supuesto, ser egoísta; eso sí, ser muy egoísta. Lo que vende es ser un poco cabroncete, menudo aburrimiento si contamos tu vida Martita, eres demasiado buena (*con cariño*) y un poco noña ¿eh? Lo que realmente vende es ser un necio, drogadicto que controla, y un tiarrón seductor y algo misógino y que folle mucho...; y claro, que ni estudie ni trabaje. Nosotras en esa ecuación no valemos nada.

MARTA: Sara...

SARA: Mírame a mí, soy la dama de la triste figura. Mira cómo me he quedado, no sirvo ni para caballero andante. Bueno sí, la muleta puede dar juego (*la levanta y la observa*), es una lanza con la que puedo proteger a inocentes en apuros...; ya lo estoy viendo..., narrarán mis aventuras... De cómo la Dama de la Triste Figura aporreó a unos maleantes que quisieron robarle el bolso a una vieja... Del extraño modo con que fue encantada la Dama de la Triste Figura... De los sabrosos razonamientos entre la Dama de la Triste Figura y Marta, su dulce amiga... Serán aventuras dignas de ser contadas... Que

se preparen los farsantes, los charlatanes y los ególatras que se dicen escritores..., con esta lanza y mi gran ferocidad (*agita la muleta*) los voy a poner a todos en su sitio...

MARTA: No tienes arreglo Sara... (*se ríe*).

SARA: La verdad es que esta muleta... (*la mira*) puede ser una estu-
penda arma defensiva u ofensiva...

MARTA: Tienes una imaginación absolutamente desbordada...

SARA (*mirando a Marta*): ¿Sabes una cosa? Voy a ponerme en serio a
escribir mi obra de teatro, y no voy a parar hasta que la ter-
mine. No va a ser la historia de un librero, va a ser la historia
de una librera.

MARTA (*sonríe*): ¿La Dama de la Triste Figura va a ser librera?

SARA: Efectivamente. Además, voy a ganar alguna medalla en las
paraolimpiadas, lo que reforzará mi leyenda. Luego me haré
cargo del traspaso de una librería, exactamente como mi per-
sonaje en la obra de teatro que voy a escribir. Viviré rodeada
de libros de papel (*sonríe*). Tendré un garfio especial, como-
dísimo que me sirva para llegar a las estanterías más altas y
agarrar todo tipo de libros. Mientras los coloco y los ordeno,
charlaré con los clientes. Seré experta en encontrar libros des-
catalogados (*suspira*) y a esos autores muy buenos que por
modas ridículas se quedan olvidados (*silencio*). Golpearé du-
ramente con mi lanza (*agita la muleta*) a todo aquel que se
le ocurra intentar robar algún libro (*silencio*). Hay algún que
otro chorizo que tiene esas ocurrencias, muy culto sí, pero a
base de mangonear..., con esos no tendré compasión..., so-
bre todo habiendo bibliotecas públicas..., qué gente (*Marta*
asiente con la cabeza). Y esto no termina con una sola obra,
Marta. Escribiré para mi propia librería obras de teatro muy
breves, monólogos o diálogos pequeños. Los actores los re-
presentarán en la calle, junto a la puerta, para atraer a los

transeúntes y volverlos clientes. Serán piezas curiosas sobre diferentes libros, sobre la pasión por la lectura, sobre el deseo de leer y cómo nos afectan las palabras que habitan en los libros. (*Silencio*).

MARTA (*sonriente*): ¿Le vas a contar esta idea a tu librero?

SARA: Yo creo que Rodrigo se va a jubilar pronto y va a ser él quien me traspase su librería. (*Sara se incorpora y levanta su muleta con tono solemne e irónico*). Seré el último bastión de los libros de papel y la santa patrona de los editores que todavía usarán la imprenta.

DESCANSO.

TERCER ACTO

Primera escena

Sara y Marta sentadas en unas sillas al borde del escenario, mirando al público. Sara lleva bastón y su mano de prótesis lleva un guante negro de cuero.

SARA: No me puedo creer que estemos aquí.

MARTA: Está lleno (*mirando alrededor*), no me esperaba tanta gente.

No cabe un alfiler. ¿Dónde estará Mauro?

SARA (*irónica*): Mirándose en el espejo del baño y repitiéndose una y otra vez “soy un escritor de moda”.

MARTA: No seas mala. Además, acertaste en tu intuición.

SARA: ¿Qué intuición?

MARTA: Sí, sobre el cambio radical de su prosa.

SARA: No sé a qué te refieres.

MARTA: Hace un año, cuando nos dio el manuscrito de su primera novela.

SARA (*irónica*): Como esta sea en el mismo tono...

MARTA: Es lo increíble, no te imaginas qué cambio. Ha encontrado su propio registro.

SARA (*sorprendida*): ¿Ya la has leído?

MARTA: Sí, me dejó el manuscrito hace unos meses, justo antes de mandarla a este premio.

SARA (*con gesto de sorpresa y decepción*): De lo que se entera una...

MARTA (*mirando al frente y señalando hacia el público*): Mírale, allí llega.

SARA: Parece un pavo real. Qué manera de inflarse (*con ironía*). Qué satisfacción. Parece que levita ¿no?

MARTA: ¡Sara!

SARA: Sí, se eleva unos centímetros del suelo.

MARTA (*en voz baja*): Deja de decir tonterías.

SARA: Es el subidón del éxito. Afecta de distintas formas.

MARTA: Venga, Sara, déjalo.

SARA: Todavía no han empezado. ¿No podemos comentar? ¿Quieres quedarte embobada mirándole mientras le hacen fotos?

MARTA: Está bien que hablemos pero no me gusta el tono.

SARA (*quitándole importancia*): Es saludable reírse un poco del escritor revelación.

MARTA: Yo me siento feliz por Mauro. Sé que el profesor se sentiría orgulloso.

SARA: Depende de cómo sea esta novela. La del universo Grunchy era intragable, daba vergüenza ajena.

MARTA (*suspira molesta y mira al frente*): Algunos días eres muy difícil, Sara.

SARA: Y tú, no tienes sentido del humor.

MARTA: ¿Qué te resulta tan gracioso?

SARA: Que el menos talentoso de los tres se lleve el premio al joven autor revelación.

MARTA: Tiempo has tenido este año para empezar a escribir tus obras de teatro.

SARA (*irónica*): Todavía no han pasado las paraolimpiadas..., dame más tiempo...

MARTA (*resentida*): Cuando termines de escribir alguna obra, la puedes mandar a un concurso, ¿sabes? Tal vez también tengas suerte como Mauro.

SARA: Sí, o como el profesor..., menudo premio Mundi le tocó..., francamente explosivo.

MARTA (*con pena*): Sara...

(*Sara la interrumpe*).

SARA: Creo que va a empezar. Luego me cuentas (*sonríe*). Fíjate que pintas tiene el editor, parece un gángster.

Marta suspira en silencio, las luces se apagan.

Segunda escena

En el lado derecho del escenario hay una banqueta y una mesa circular para tomar copas. Es la parte de la recepción. Las dos sillas de la presentación están vacías, ahora se ilumina esta parte del escenario. Sara y Marta están allí tomando unas bebidas en vaso circular.

Mauro se acerca a ellas y las da dos besos.

MAURO: Qué alegría veros, gracias por haber venido (*mirando a Marta*): ¿por qué os pusisteis al final? Había sitio reservado delante.

MARTA (*tímida*): Con tanta gente (*sonríe*), pero no te preocupes Mauro, encontramos unos buenos sitios.

SARA (*sarcástica*): Así podíamos comentar un poco tu presentación. Menudo editor más soplaitas tienes.

MAURO (*molesto, mira a Marta*): ¿Queréis tomar algo?

SARA (*señalando a la mesa con los dos vasos*): Ya tenemos, un camarero pasó con bebidas (*mira alrededor sentada en la banqueta*). A ver si vienen pronto los canapés. Estamos muertas de hambre.

MAURO: Si queréis os traigo un platito con unos cuantos.

MARTA: No, no. Si estamos bien.

SARA: Pues yo no he comido y tengo hambre.

MAURO: Ahora vuelvo.

(*Mauro se va*).

MARTA (*enfadada*): ¿Qué te pasa, Sara?

SARA: Tengo hambre. Uno viene a estas cosas a comer canapés, ¿no?

MARTA: Mauro ha ganado un premio muy importante, han presentado un gran libro y tú piensas en los canapés. No te entiendo.

SARA: Perdona (*sarcástica*), como todavía no he leído ese gran libro, no puedo disfrutar tanto del momento.

MARTA: Perdona, Sara (*apenada*). Mauro me dijo que no se lo dijera a nadie.

SARA: ¡Qué suerte! Y yo mientras me tragué el bodrio ese del planeta Grungi. Ese manuscrito de mierda no tuvo ningún problema para mandármelo y que se lo leyera.

MARTA: Ya, esa cosa era muy floja.

SARA: Sí, un verdadero churro como casi todas las tareas para el taller. Y el blog personal que escribía, ¿te acuerdas?, era divertido de lo malo que era.

MARTA: Creo que tampoco estás siendo objetiva.

SARA: Qué quieres que te diga, a mí Mauro me parece que se ha vuelto un encantador de serpientes. Sólo hay que fijarse en su evolución.

MARTA: ¿En qué te basas para decir eso, Sara? ¿Cuántas veces lo has visto últimamente?

SARA: No muchas, la verdad, y siempre contigo (*suspira*). La última, cuando celebramos tu cumpleaños.

MARTA: Aquel día lo pasamos muy bien.

SARA: Sí, pero conmigo Mauro no ha seguido el contacto. Después de esa fiesta no volvió a dar señales de vida.

MARTA: Ha estado muy metido en sus proyectos y con sus clases de ese Master de economía.

SARA (*sarcástica*): Labrándose una sólida carrera como escritor de moda.

MARTA: Lo siento, Sara, pero esta reacción no la entiendo. Me cuesta creer que no te alegres.

SARA: Sí, me alegro, pero hay algo en todo esto que me incomoda.

MARTA: ¿Haber perdido el contacto?

SARA: Tal vez. Me parece un poco egoísta. De pronto nos hemos distanciado.

MARTA: Han pasado muchas cosas, Sara.

SARA: Efectivamente, demasiadas cosas, y comprenderás que me due-
la haber quedado fuera del selecto club de lectores de ese, “al
parecer”, manuscrito tan certero.

MARTA (*reflexiva*): Tienes razón, Mauro te tenía que haber incluido.
Y yo me tenía que haber dado cuenta y habérselo dicho.

SARA: Da igual, ya no tengo ningún interés en leerlo.

MARTA: Te pierdes un gran libro.

SARA: Ya será menos.

*(Llega Mauro con un plato lleno de canapés y pasteles y un libro
en la mano).*

MAURO: Canapés y pasteles para las señoras.

SARA (*sonriente*): No esperaba menos de ti (*coge un canapé*).

MARTA: ¡Gracias! (*coge otro canapé*).

(Mauro deja el plato en la mesa y sonríe).

MAURO: Esto es para ti, Sara (*Mauro le da su libro*).

SARA: ¡Tu libro!

MAURO: Creo que es mejor que la última cosa mía que te di.

SARA (*sonriente*): No lo dudo (*mira la portada*). Gracias, Mauro, lo
leeré con mucha atención. Precisamente, le estaba comentan-
do a Marta las ganazas que tenía de leerte (le mira fijamente).
¿De qué planetas son estos personajes?

MAURO (*sonriente*): Sólo del planeta tierra.

SARA: Vaya, con lo que me gustan los conflictos interplanetarios...

*Marta resopla con gesto de incomodidad y mira a Sara con gesto serio,
las luces se apagan.*

CUARTO ACTO

Han pasado varios meses. Mauro está sentado en una mesa de firmas rodeado de ejemplares de su libro. Sara le observa y se acerca.

MAURO (*con sorpresa*): ¡Hola Sara! ¿Qué haces aquí?

SARA: Aunque tenga una pata de palo todavía puedo ir de paseo (*mirando alrededor*). Veo que estás conquistando el espacio de las grandes superficies. Miro al escaparate y nada menos que te anuncian en un gran cartelón con foto incluida. Junto al menaje del hogar y la moda de primavera está el gran Mauro firmando libros (*suspira*). Estos lugares no son tan cálidos como las librerías.

MAURO: Es verdad, uno se siente náufrago en una pequeña mesa de libros por firmar.

SARA: ¿Has firmado muchos?

MAURO: Sí, unos cuantos. Bueno, yo ya estoy de recogida, cierran en un rato.

SARA: Menudo éxito. ¡Qué cambio frente al universo Grinchi!

MAURO (*incómodo*): Sí, ese fue un manuscrito fallido, eran mis primeros balbuceos como aprendiz de escritor.

SARA: Todavía se nota el rastro de esos balbuceos en esta novela, pero he de reconocer que tienes unos personajes naturalistas sorprendentes.

MAURO (*sonríe*): Bueno, di lo mejor de mí.

SARA: La he leído con mucho detenimiento. Igual que la otra, la del universo Grinchi. ¡Qué diferencia!

MAURO (*sonríe*): Sí, he evolucionado.

SARA: Por supuesto. Imagino que en un año te dio tiempo a digerir el Quijote, Kafka y algo de Proust.

MAURO: ¿Proust?

SARA: Sí, Marcel Proust, el escritor francés que hablaba de la Magdalena y los recuerdos de su infancia.

MAURO (*pensativo*): Es verdad.

SARA: ¡Qué manejo de la infancia más sorprendente tienes, Mauro! Los recuerdos de ese viejo en ese asilo al que va a visitar un hijo traumatizado por la guerra (*respira profundo*). Increíble, ¿cómo te has podido meter en todo aquello? ¿Investigaste?

MAURO: Sí, un poco (*incómodo*). Bueno, Sara, yo tengo que recoger, he quedado a cenar con unos amigos (*mira el reloj*). Se me hace tarde (*se incorpora*).

SARA: ¿Amigos escritores?

MAURO: Sí, un grupo de escritores emergentes. Mañana nos hacen un reportaje para una revista.

SARA (*irónica*): ¿Os vestirán de marca?

MAURO: Sí, creo que sí. Ya sabes como son esas cosas.

SARA: No, no lo sé. Yo en el único reportaje que he salido es en uno sobre víctimas del terrorismo, y los lisiados no tenemos tanto glamour. Yo creo que la gente se salta este tipo de reportajes. Damos muy mal rollo.

MAURO: Sara, lamento mucho todo lo que estás pasando.

SARA: No, si yo no me quejo. Simplemente constato mi realidad. No he venido a darte pena. Al contrario, he venido a felicitarte, a celebrar este premio por un libro lleno de aciertos.

MAURO: Gracias, Sara. La verdad, todo ha sido vertiginoso. Me siento un poco desbordado.

SARA: Me lo puedo imaginar. La crítica no ha parado de alabarte. Incluso te comparan con el profesor. Eres su claro discípulo.

MAURO: Fue una gran influencia. La novela del premio Mundi me abrió los ojos.

SARA: No lo dudo.

(Mauro y Sara se quedan en silencio. Mauro se levanta de la mesa. Se acerca a Sara).

MAURO: Yo ya me tengo que ir.

(Sara mira a Mauro fijamente).

SARA: ¿Te acuerdas de aquel cuento de Andersen que te mencionó Marta aquél día sentados en el banco cerca de mi casa?

MAURO: ¿Qué cuento?

SARA: Sí, Marta te explicó que tu idea de las sombras en ese universo Gronang le había recordado a ese cuento de Andersen titulado “La sombra”.

MAURO: ¿“La sombra”?

SARA: Yo tampoco conocía ese cuento. Aquella noche al volver a casa lo busqué y lo leí. Es la historia de una sombra que se apropia de la identidad de su dueño. Un hombre sabio y su sombra. La sombra se las arregla para liberarse del hombre, pero no se conforma. Hace que ese pobre hombre sabio se convierta en su sombra. Se transforma en la sombra de su sombra, en el sirviente de la sombra. Parece imposible, pero el viejo hombre sabio acaba siendo la sombra de su propia sombra. Cuando intenta revelarse y desvelar la verdad sobre la sombra, y hacer público que él es el hombre y que el otro ser es sólo su sombra, la sombra se las apaña para engañar a todos, casarse con una princesa y mandar al calabozo al viejo sabio y que le quiten la vida (*suspira*). En ese manuscrito que me mandaste, tus sombras se comunicaban por telepatía y odiaban a sus cuerpos. ¿Te acuerdas? (*Mauro mira a Sara y mueve afirmativamente la cabeza*).

SARA: En el cuento de Andersen la sombra farsante se casa con una princesa y se hace pasar por un hombre sin sombra. Sí, sin som-

bra, porque hace creer a todos que su sombra, de lo peculiar que era, se ha vuelto loca y la tuvieron que encerrar y matar.

MAURO (*con gesto de aburrimiento*): Mira, Sara, no puedo quedarme más, me tengo que ir.

SARA (*le mira fijamente y con gesto retador*): Mauro, no me engañas, eres la sombra, eres la sombra del profesor y te estás haciendo pasar por escritor.

MAURO (*serio*): ¿Qué quieres decir?

SARA: Parece que incluso has logrado convencer a nuestra Marta, todos creen que eres lo que no eres. Igual que en el cuento de Andersen. La princesa era muy lista, lo veía todo, vio que aquel hombre, la sombra farsante, era raro que no tenía sombra. Dudó al principio, pero ya se encargó esa sombra farsante de engañarla a ella y manipular al pobre sabio.

MAURO: No entiendo nada.

(*Sara le sujeta a Mauro el brazo con la mano que le queda*).

SARA (*le mira retadora*): Eres la sombra del profesor. Te has apropiado de las palabras del profesor.

MAURO (*nervioso*): ¿De qué estás hablando?

SARA: ¿Cuántas novelas dejé a medias? ¿Hay alguna otra? Me temo Mauro que te quedarás en joven promesa con un solo libro bueno.

MAURO: Sara, no se qué te pasa. No se qué tienes en la cabeza.

SARA: Es una pena que yo no me partiese en mil pedazos como el profesor. Eso te hubiera evitado algunos problemas.

MAURO: ¿Qué problemas?

SARA: La incomodidad de sentir que alguien sabe que eres un farsante. Eres una simple sombra.

MAURO (*se ríe*): ¿Has probado a escribir ciencia ficción?

SARA: ¿No te preocupa saber cómo me he dado cuenta?

MAURO: No. Es que no sé, ni me importa saber de lo que estás hablando.

SARA (*señalando a los libros de la mesa*): Esos personajes no son tuyos.

Yo, Mauro, sé muy bien que son del profesor. Sé reconocer cada párrafo. Le has robado muchas páginas.

MAURO (*frío*): Ya te he dicho que fue una gran influencia.

SARA: No, Mauro, has usado sus propios textos. ¡Has plagiado su material inédito!

MAURO: ¡Qué cosas dices, Sara! (*con crueldad*). Veo que te ha afectado que traspasaran esa librería del centro. Sí, con ese viejo libre-ro tan amigo tuyo que te ha traicionado por una cadena de comida rápida. Creo que han puesto un McDonalds. Marta me contó tu sueño de ser dramaturga, y de cómo planeabas hacerte con el traspaso y escribir una obrita. ¡Ser librera dramaturga, nada menos! (*con tono de burla e imitando la voz de Marta*). Pobre Sara, qué imaginación tiene. Pobre Sarita, cierran su librería favorita. Pobrecilla, ¿qué hará? Ella soñaba con ser librera y escribir teatro. Es tan divertida esta Sarita. Tiene una imaginación tan Quijotesca nuestra Sara.

SARA (*rabiosa*): Mauro, esto saldrá a la luz. Me voy a encargar de que se sepa.

MAURO: Pensarán que estás loca. Siempre has estado un poco loca. Ahora que te falta un brazo y una pierna estás más loca.

SARA: Eres un mezquino y te voy a desenmascarar.

MAURO: Ten cuidado, no confundas molinos de viento con gigantes.

SARA: Tengo la prueba.

MAURO: Lo dudo. No puedes probar nada. Todo es fruto de tu imaginación enferma (*con voz burlesca*). Pobre Sara, pobrecita, cómo se ha quedado.

SARA (*furiosa, levanta el bastón y golpea a Mauro*): ¡Cabrón!

Se apaga la luz. Fin del cuarto acto.

QUINTO ACTO

Escena primera

Sara sentada en el banco cerca de su casa en silencio.

MARTA (*llega nerviosa*): ¡Sara!

SARA (*seria*): Siéntate, tengo que contarte algo.

MARTA: ¿Qué ha pasado?

SARA: ¿Hablaste con Mauro?

MARTA: Me dijo que pasaste por uno de los lugares en los que estaba de promoción. Dice que te pusiste histérica viéndole allí firmando libros.

SARA: ¿Eso dijo?

MARTA: Dijo que le acusaste de ser un vendido, de haber traicionado a las librerías por las grandes superficies. Le insultaste y le quisiste pegar.

SARA (*irónica*): Fue un poco violento. Una mujer tullida golpeando a un farsante. Los guardas de seguridad tuvieron que intervenir (*irónica*). Qué raro que no saliéramos en la noticias.

MARTA (*seria*): ¿Qué te pasa, Sara?

SARA: Le desenmascaré. Mauro es un farsante.

MARTA (*dulce*): Sara, cariño, tienes que olvidarte de Mauro.

SARA: ¿Por qué?

MARTA: Creo que te molesta todo lo que le ha pasado. No sé por qué, pero te molesta profundamente. No quiero pensar que es envidia, pero francamente no lo entiendo.

SARA: Sí, hay muchas cosas de Mauro que me molestan.

MARTA: No es un mal chico.

SARA: Ya, ya imagino que a ti te gusta mucho.

MARTA (*con pena*): Sara.

SARA: Ahora que es famoso, el nuevo escritor revelación de pronto se ha vuelto atractivo.

MARTA: No digas eso, siempre fuimos amigos.

SARA: Marta, la lista del grupo, la buena lectora. Una chica con suerte..., un poco ñoña pero con suerte.

MARTA (*seria*): Mira, Sara, somos amigas desde hace un montón. Te tengo muchísimo cariño, pero ya te estás pasando.

SARA (*con voz burlona*): Pobrecita Sara (*seria*). Te doy pena, ¿verdad? ¿Es lo que le cuentas a Mauro?

MARTA (*dulce*): Me preocupo por ti. Y sí, algunas cosas que te pasan me dan mucha pena. Siento en el alma todo lo que te ha sucedido.

SARA (*seria*): Sí, tienes razón, doy mucha pena, pero al menos soy íntegra, no como Mauro que es un impostor. Sí, Marta, un gran impostor. Un plagiador sin escrúpulos. Un buitre que se alimenta de los cadáveres, de los trozos de carne muerta que han quedado esparcidos.

MARTA: ¿De qué estás hablando?

SARA: Nuestro Mauro. Ese chico que siempre quiso ser escritor y parece que ya lo ha logrado, es en realidad un sinvergüenza que plagió al profesor.

MARTA: Eso es imposible.

SARA: Es perfectamente posible. Marta, lo que ha hecho Mauro ni siquiera es original. Hay muchas tramas de novelas y películas con plagiadores, farsantes e indeseables por el estilo. Es la vida misma. Incluso el propio Cervantes sufrió los efectos de un aprovechado que hizo una versión apócrifa del Quijote, por eso escribió entre otras cosas la segunda parte. Hasta lo

comenta para constatar la injusticia y el abuso en boca de Don Quijote. Sinvergüenzas como Mauro o Avellaneda han existido en todas las épocas.

MARTA: ¿Qué estás diciendo?

SARA: Mauro dejó de escribir su blog para dedicarse de lleno a plagiar los materiales inéditos del profesor.

MARTA: ¡No puede ser!

SARA: La casualidad hizo que lo descubriera. Hace muy poco. Por eso fui a verle el otro día. Fue un encuentro calculado. Perdí los nervios. Aparte de ser un farsante, Mauro es un cabronazo. Ya le tenía algo de tirria cuando ganó aquel premio y ya entonces presentía cosas raras. Es un gran mediocre y el tiempo me ha dado la razón.

MARTA: Sara, estás obsesionada.

SARA: He de reconocer que al principio ni me molesté en leer su nueva novela. Después de ese manuscrito que me tragué en honor a la amistad simplemente evité su prosa.

MARTA: No sé si quiero seguir escuchando estas tonterías.

SARA: La semana pasada fui a la escuela. Pasé por los talleres a saludar, desde el atentado no había vuelto por allí. Fue un gesto sano, un atreverme a volver sobre mis pasos. ¡Me alegro tanto de haber ido! Vi a la buena de Marisa, nuestra secretaria favorita, la que tanto quería al profesor. Ha sido abuela de gemelos. ¿Sabes que se quedó con la gata del profesor? Dice que es cariñosísima.

MARTA: Sí, Mauro me contó que Marisa se hizo cargo de la gata. Es una pena que yo sea alérgica, me hubiera encantado quedármela.

SARA (*irónica*): Nuestro querido Mauro. ¡Qué atento fue ayudando con las cosas del profesor! Por lo visto, el profe era hijo único y ya estaba huérfano. Sólo tenía dos sobrinas lejanas, hijas de

una prima en Almería. Ellas, bastante estiradas, no quisieron a la gata ni nada de lo que había en la casa. Lo único que les interesaba era vender el piso. Menos mal que Mauro se las metió en el bolsillo y tuvo la delicadeza de ocuparse de los papeles del profe. ¿No te contó?

MARTA: Creo que ayudó a Marisa con algunas cosas.

SARA: En efecto. Se hizo con todas las cosas del profesor. Su ordenador, sus papeles. Las sobrinas querían tirarlo todo y vender los muebles al trapero. Mauro se ofreció para ayudarlas. Los papeles y otros materiales importantes los fue guardando en cajas. Ellas se las dieron sin problemas. Mauro quería hacer un archivo con las cosas del profesor para donarlo, en su momento, a alguna fundación cultural. ¿No te lo comentó?

MARTA: (*con tristeza*): Sí, pero no sé los detalles. A mí el tema del profesor me afectaba, todavía me afecta mucho.

SARA: Mauro se quedó con todo. Allí encontró los materiales inéditos que le sirvieron para construir su novela.

MARTA: ¿Estás segura? Sara, que Mauro ordenase y archivase los papeles del profesor no demuestra nada. Le estás acusando de algo muy serio.

SARA: No dudo de la buena intención inicial de Mauro. Estaba ayudando a Marisa y a las sobrinas y quería proteger la memoria del profesor y su obra. El problema es que Mauro tiene muchos complejos y mucha ambición. Al descubrir esos materiales inéditos no pudo resistirse. Sobre todo después de darse cuenta de que era un mediocre y que su veta de ciencia ficción no le llevaba a ninguna parte. En cambio, el profesor escribía maravillosamente. Un borrador suyo era ya una pieza deliciosa. Acuérdate que nos contaba las muchas vueltas que le daba a un texto antes de atreverse a enseñárselo a su editor. Además, era tan hermético. Vivía solo y no era amigo de

compartir sus proyectos hasta que no estuvieran totalmente terminados. Mauro encontró un manuscrito en borrador y lo convirtió en suyo.

MARTA: Sara, qué imaginación tienes.

SARA: Esto jamás se me hubiera ocurrido si no fuera verdad. Por muy obsesa que sea, por muy rabiosa que me sienta. No, Marta, esto no es mi imaginación. Cuando fui a ver a Marisa me dio un pincho de memoria del profesor. Me preguntó si nos seguíamos viendo y yo le dije que sí, tampoco quería que pensase que ya no éramos amigos. Entonces me pasó el lápiz de memoria del profesor para que se lo diera a Mauro. Fue cuando me comentó lo bueno que había sido ordenando todos sus papeles y esas cosas. Al parecer este lápiz de memoria estaba en el fondo del primer cajón, en la oficina del profesor. Lo encontró la señora de la limpieza. Como Mauro ya no pasaba por allí, pues se le había ido olvidando. Qué bien que yo hubiera pasado, así se lo daba a Mauro. Tal vez hubiera algo importante (*suspira*). Y sabes qué, Marta. En efecto, había algo importante. Algo importantísimo que Mauro encontró en el ordenador del profesor, el borrador de una novela inédita. Una novela excelente.

MARTA: ¡No me lo puedo creer!

SARA: Yo tampoco daba crédito. Cuando abrí ese lápiz de memoria y encontré los documentos de aquella novela inédita del profesor sentí un escalofrío, un vértigo extraño. No había leído la nueva novela de Mauro pero imaginé toda esta trama. Busqué el ejemplar que Mauro me regaló el día de su presentación y me puse a leerlo. En la pantalla estaban las palabras del profesor. Mauro había plagiado su novela. Ese manuscrito era la prueba. Es un farsante. Es como la sombra de aquel cuento de Andersen, ¿te acuerdas?

MARTA: Oh Sara (*con tristeza*), ¿estás segura?

SARA: ¿Crees que tengo tanta imaginación? No, Marta, la realidad supera a la ficción. Mauro es un mediocre y un farsante.

MARTA: ¡Cómo ha podido hacer eso!

SARA: Quería ser escritor a toda costa. Pensó que al profesor aquellos textos ya no le harían falta y a él le venían muy bien.

MARTA: Yo le ayudé a editar ese manuscrito.

SARA: En efecto, le arreglaste ese diez por cierto que añadió al manuscrito del profesor para darle su toque personal. Menos mal que sólo puso un diez por ciento de su propia cosecha. Llegó a poner un poco más y se carga la novela del profesor.

MARTA: ¿Dónde está su integridad?

SARA: Yo creo que Mauro nunca ha tenido demasiada integridad. Mírale ahora, el escritor revelación creyéndose emperador de la ínsula de Barataria.

MARTA: ¿Se lo dijiste?

SARA: Por eso terminamos a gritos. Me dijo cosas horribles. Dijo que todos pensaría que estoy loca. Le golpeé con el bastón. Si llego a tener un garfio, le saco un ojo.

MARTA: ¡Qué historia! (*con lágrimas en los ojos*). Parece increíble viniendo de Mauro.

SARA: Sí, como la sombra de Andersen.

MARTA: ¡Qué ingenua he sido!

SARA (*con cariño*): Es tu naturaleza, no puedes evitarlo.

MARTA: Podía haberme dado cuenta, conozco a fondo la prosa del profesor.

SARA: Por eso te emocionaste y te gustó tanto lo que te dio a leer Mauro. Notaste el eco del profesor, sin percibir que era su propia voz.
(*Silencio*).

SARA: Perdí los nervios con Mauro. Quise acorralarlo pero me salió el tiro por la culata. Es listo, y mucho más retorcido de lo que podía imaginar (*suspira*). ¿Por qué le contaste lo del traspaso de Rodrigo?

MARTA: ¿El traspaso de Rodrigo?

SARA: Sí, que la librería ya no existe, que el local se ha convertido en un McDonalds.

MARTA: Perdona. Un día hablamos de ti y le conté lo triste que estabas con ese asunto.

SARA: Lo usó como un puñal, aderezándolo con la burla. Me lié a bastonazos. En el fondo soy impulsiva y muy idiota. Me dolió tanto que me mostrara lo patética que soy.

MARTA: ¿Patética?

SARA: Marta, cariño, doy pena, hasta a ti te doy pena. Esa pena lastimera que me convierte en algo patético. Dejo de ser persona para ser patética.

MARTA: No es verdad, Sara. Eres mi amiga, siento mucho, muchísimo cariño por ti.

SARA: Sí, sientes cariño y mucha tristeza.

MARTA (*seria*): Esa tristeza la siento por todo. Incluso por mí.

SARA (*sonríe*): Entonces me tranquiliza ser parte de una pena general que sientes.

MARTA: Sí, todo me duele. Me duele el mundo. Me duele tanto todo.

SARA: Decía el profesor en broma que los poetas son los que más sufren. Por esa tendencia a empatizar con los sentimientos. Sobre todo los sentimientos tristes.

MARTA (*con la voz rota*): El profesor..., ¿en qué estaría pensando Mauro?

SARA: Ten cuidado, Marta, ya no es el Mauro que conocimos. No es el amigo del taller, no es el aprendiz de escritor (*suspira*). La fama, el éxito, el espejismo de creerse importante viviendo

una mentira es como una droga. Mauro hará todo lo posible para perpetuar este engaño, este plagio siniestro.

MARTA: No lo entiendo. ¿Cuál es la lógica?

SARA: No hay lógica. Su ambición es visceral.

MARTA: Mauro admiraba mucho al profesor.

SARA: Aprovechó la oportunidad, se transformó en sombra.

Oscuridad, fin del quinto acto.

SEXTO ACTO

Marta espera nerviosa, se mueve de un lado a otro y mira el reloj. Llego Mauro corriendo y le da dos besos.

MAURO: Aquí llego. ¿Llevas mucho esperando?

MARTA (*seria*): Quince minutos.

MAURO: Perdona, había atasco y me he quedado sin batería en el móvil al salir del programa de radio. Quería mandarte un mensaje pero este chisme (*agita el móvil*) ya no daba más de sí (*mira a Marta*). ¿A dónde vamos? ¿Buscamos una terracita? Hay una por aquí cerca que dan horchatas muy buenas.

MARTA (*nerviosa y fría*): Mauro, he hablado con Sara. Dice que te apropiaste de una novela inédita del profesor.

MAURO: ¿Eso dice? ¿Y tú la has creído?

MARTA (*seria*): Sí Mauro, creo que sí. Me duele mucho pero la creo.

MAURO: ¿En qué se basa para hacer ese tipo de acusación?

MARTA: Tú te hiciste cargo de los papeles del profesor. Te encargaste de todas sus cosas.

MAURO: ¿Esa es la lógica de Sara? Como yo me hice cargo de las cosas del profesor...

MARTA (*le interrumpe*): Plagiaste su novela inédita.

MAURO (*sarcástico*): ¿Cómo sabe Sara que nuestro hermético profesor tenía una novela inédita escondida?

MARTA: Tiene pruebas.

MAURO: ¿Pruebas? Me parece que Sara es un poco lunática. Siempre

lo ha sido, y desde la explosión ese rasgo se le ha acentuado. Está como un cencerro.

MARTA: Me parece que no, Mauro. La prueba es un lápiz de memoria que se dejó olvidado el profesor en un cajón de su oficina. Allí estaba el manuscrito.

MAURO (*serio*): ¿Un lápiz de memoria del profesor?

MARTA (*irónica*): Veo que te preocupa.

MAURO: Me parece muy raro esto que me cuentas. Simplemente me gustaría saber cómo llegó a las manos de Sara ese lápiz de memoria con una novela inédita.

MARTA: Es más sencillo de lo que imaginas. Pasó por la escuela a saludar. Después del atentado no había vuelto. Allí estaba la buena de Marisa en secretaría felicísima de verla. Pensó que todavía nos veíamos con regularidad y se lo dio para que te lo diese. Sara tuvo curiosidad y vio lo que había dentro. Un manuscrito de una novela estupenda que tú remataste e hiciste tuya.

MAURO (*serio*): Un lápiz de memoria con un manuscrito. Tal vez ese era mi propio lápiz de memoria que yo olvidé en aquella oficina y que el profesor guardó.

MARTA: No, Mauro, he releído el libro con la mirada ajustada y certera. Es la voz narrativa del profesor. Con un toque tuyo para disimular, pero es su novela. Cuando estabas organizando los papeles del profesor te encontraste este borrador y no pudiste resistir la tentación.

(*Silencio*).

MAURO: También encontré tus cartas.

MARTA: ¿Mis cartas?

MAURO: Sesenta y tres cartas firmadas como Jean Clemens. Veo que una de las hijas de Mark Twain es tu alter ego. Ese detalle tan curioso tuve que discernirlo a través del internet. Ya sabes que

no soy muy buen lector. Así que te gusta Mark Twain..., qué final tan trágico tuvo su hija.

MARTA: No sé de qué estás hablando.

MAURO: Es tu letra, Martita, esas cartas son tuyas. Eres prodigiosa, tienes una finura con las palabras formidable.

MARTA: Estás confundido.

MAURO: ¿De verdad? No me digas que no te acuerdas. Todas a mano. Algunas unas sencillas postales, otras varios folios de reflexiones (*irónico*). Una delicia. Supongo que al profesor le debió encantar tener una admiradora secreta. Es una pena que fuese tan reservado y no respondiera a esas expresiones de delicada adoración (*respira profundo*). Claro que era gay, ¿tú lo sabías, verdad?

MARTA: Nunca me meto en la vida privada de los demás. Yo respeto la intimidad de la gente.

MAURO: Tuvo pareja los años que vivió en Dinamarca, un tal Lars, un medievalista que le sacaba bastantes años. Murió de un ataque al corazón y nuestro profesor regresó a su tierra desolado. En su casa sólo quedaba el rastro de sus fotos y algunas cartas. Eran en inglés, ninguna tan bonita como las tuyas (*Marta mira a Mauro con furia*). No pongas esa cara, Marta, yo debo confesarte que tampoco tenía demasiado interés en la vida privada del profesor. Fueron sus sobrinas las que me contaron que era un poco rarito. Revolviendo entre sus cosas fui atando cabos.

MARTA: Mauro, eres un asqueroso.

MAURO (*cínico*): ¿Por qué?

MARTA: ¿No tuvo bastante el profesor? Le has sacado las entrañas y te las has comido, ¡cómo un buitre!

MAURO: Qué dramática te pones, Martita. Es por culpa de leer tanto, ¿verdad?

MARTA: No te entiendo. Creía que eras una buena persona, que apreciabas al profesor, que realmente querías ser escritor.

MAURO: Soy escritor.

MARTA: Eres un impostor, te apropias de las palabras ajenas. Encima has escarbado en la vida privada del profesor. ¿A qué estás jugando?

MAURO: Las historias se cocinan con muchas cosas. Precisamente, estoy metido en un libro de prosa poética, de pensamientos. Fragmentos de ideas y sentimientos. Como cartas de amor imposible. Un libro de retazos de cartas, lleno de las hermosas imágenes que fabrica la imaginación cotidiana.

MARTA: No te atreverás.

MAURO: Ya lo he terminado. Es como un poemario. Se lo he dado a mi editor y le ha encantado. Seguro que es un libro con suerte, como el otro. A los críticos les gustan las voces originales, los sentimientos auténticos. Esos textos están llenos de puro sentimiento.

MARTA (*con lágrimas en los ojos*): Mauro, ¿en qué clase de persona te has convertido?

MAURO (*con sarcasmo y suficiencia*): En un escritor de actualidad.

Oscuridad, fin del sexto acto.

SÉPTIMO ACTO

Escena final

Sara está en la azotea de su casa, mira hacia el público, oscuridad, sólo ella está iluminada.

SARA: ¿Dónde se esconden las ideas? (*mira al cielo*). ¿Son estrellas fugaces? (*silencio*). Lo dudo (*suspira*). Un pensamiento que quiere ser idea, que cocina la esencia de las palabras y se fabrica con todos los ingredientes de la imaginación (*suspira*). ¿Qué estoy buscando? Nada. No encuentro nada porque lo que busco ya no merece la pena. He perdido tantas cosas (*se mira la mano con guante negro*).

(*Mira al horizonte*). Qué pequeña es la ciudad. Los coches son sombras que se deslizan por las calles iluminadas (*suspira*). Algo inquietante le está sucediendo a esta ciudad. Parece que se queda sin aire, que se ahoga. ¿Quién le ha robado el aire? Mi ciudad se ha vuelto diminuta, ahora que no puede respirar. Mi ciudad se difumina, se vuelve dolorosa y se llena de niebla (*suspira*). ¿Dónde se esconden las ideas? ¿Dónde están los personajes que quieren hablar por mí? Los que saben describir cada segundo con su rastro inventado. El último segundo (*mira hacia el borde del escenario*) como el aliento de un instante que deja de existir. Dejar de ser, dar el salto y volar, volar con el ahogo que se rompe en pedazos contra el suelo. ¿Qué tentación dejar de existir ahora mismo! Dejar de ser y liberarme de este cuerpo, de esta rabia que me ha desfigura-

do por dentro, de este cansancio enhebrado en mi patetismo (*mira al borde*). Qué tentación tan humana dejar de ser, caer sobre el asfalto y fragmentar mi pensamiento.

(*Marta entra por la parte de atrás del escenario*).

MARTA: Sara, ¿estás ahí?

SARA (*con sorpresa*): ¿Marta?

MARTA: Sí, soy yo. Tú madre me dijo que te encontraría en la azotea.
Guau, qué vista tan bonita.

SARA: Sí, es mi escondite de verano. ¿Cómo es que has venido?

MARTA: Sara, necesito hablar contigo. Tengo un disgusto...

SARA: ¿Vienes de encontrarte con Mauro?

(*Marta asiente con la cabeza*).

SARA: Te dije que te anduvieras con cuidado. ¿Qué te ha hecho?

MARTA: Rizó el rizo de la mezquindad. Todavía estoy temblando de rabia.

SARA: ¿Qué ha pasado?

MARTA: Sara (*suspira*), yo quería mucho al profesor (*con la voz quebrada*).

SARA: Yo también.

MARTA: No, Sara, yo estaba enamorada del profesor.

SARA: ¿Enamorada?

MARTA: Sí, profundamente enamorada. Con una intensidad irracional que me impulsaba a escribir cartas de amor.

SARA: ¿En serio?

MARTA: Sí, Sara. Le escribí más de sesenta.

SARA: ¿Más de sesenta?

MARTA: Todas a mano. Regodeándome en la adoración que sentía por él.

(*Sara, con cara de sorpresa, no sabe si reír; mira a Marta con curiosidad*).

MARTA: Suena un poco ridículo, ya lo sé.

SARA: No, me encanta, Marta. Cartas a mano..., qué bonita idea.

MARTA: Sabía que era un amor imposible y no las firmaba con mi nombre, usaba el pseudónimo de Jean Clemens.

SARA: ¿Jean Clemens?

MARTA: Sí, la hija de Mark Twain que era epiléptica y se ahogó en la bañera el día de nochebuena.

SARA: ¿No encontraste un personaje más trágico?

MARTA: Como el amor era imposible..., me pareció muy adecuado. Además, acababa de terminar de leer la autobiografía de Mark Twain, y el momento que cuenta la muerte de su hija me conmovió muchísimo (*suspira*). Lo de las cartas empezó siendo un juego, escribía mis pensamientos, mis anhelos secretos. Pero me fui acostumbrando.

SARA: ¿Se las mandabas a su casa?

MARTA: Sí, me hice con su dirección de casualidad. La vi en un sobre encima de la mesa de su oficina. Me la memoricé como una adolescente, calle Desengaño número siete (*suspira*).

SARA: (*sonríe*): Increíble. Le mandabas cartas de amor al profesor.

MARTA: Algunos días llegué a escribir dos. Era un impulso irresistible. Todavía tengo la última que escribí. En la misma mañana del atentado. No me quedaban sellos, pensaba pasar por correos después de clase. Nunca la mandé (*suspira*).

SARA: Amabas al profesor..., quién lo iba a imaginar...

MARTA: Mauro encontró las cartas al ordenar las cosas del profesor... y se dio cuenta de que era yo.

SARA: El muy capullo...

MARTA: Ha plagiado las cartas y las ha convertido en un manuscrito de prosa poética.

SARA: ¿Qué?

MARTA: Ya se lo ha dado a su editor, que al parecer ha quedado en-

cantado. Su próximo libro lo ha fabricado con el amor que yo sentía por el profesor...

SARA: ¡Esto es indignante, tenemos que denunciarle!

MARTA: ¿Cómo? Yo las firmaba con pseudónimo. No tengo copia, eran todas a mano, tal cual las sentía. ¿Cómo demuestro que esas palabras son mías? (*se pone a llorar*).

(*Sara abraza a Marta*).

SARA: Venga, Martita, no llores. Ese cabronazo es un mediocre y lo sabe. Tiene que plagiar para poder existir como escritor. Ahora se alimenta de tus palabras y encima tiene el cuajo de contártelo para hacerte daño. Menudo cretino, qué nivel de mezquindad. Sin embargo, se le va a acabar el juego en cuanto intente escribir algo de su propia cosecha. Va a ser duro que le comparen constantemente con sus inicios y citen los textos que ha plagiado como sus mejores piezas. Sus únicas piezas que merecerán la pena serán la novela del profesor y tus cartas.

MARTA: Yo amaba al profesor, le quería tanto. No puedo creer que Mauro haya sido capaz de hacer lo que ha hecho. Lo que está haciendo.

SARA: Yo creo, Marta, que la justicia poética pondrá las cosas en su sitio.

MARTA: ¿La justicia poética?

SARA: Dicen que llega cuando uno menos lo espera.

MARTA: Al profesor nunca le llegó...

SARA: Ya, pero si no creyese en la justicia poética hace mucho tiempo que hubiera saltado al vacío.

MARTA: No digas eso, Sara, no pienses esas cosas.

SARA: Morir intentado volar tiene algo de poético.

MARTA: No hay poesía en el suicidio.

(*Silencio, miran al horizonte hacia el público*).

SARA: El plagio debería ser venenoso. Como ese veneno que usaban los espías en la guerra fría. Un veneno que carcomiera la piel y convirtiera a las personas en seres horrendos.

MARTA: Qué vista tan bonita tienes desde aquí, Sara.

SARA: Por eso no me tiro (*sonríe*). Miro al horizonte y todavía me quedan muchas ganas de seguir viviendo.

Sonríen, Sara le pasa el brazo por el hombro, miran al horizonte, se apaga la luz lentamente.

FIN

Las decepciones, de Ana Merino, se terminó de imprimir en junio de 2014
en los talleres de Editorial Color S.A. de C.V., Naranjo 96-Bis, México
D.F., Colonia Santa María la Rivera.

Esta mañana yo tuve una idea, un cuento anudado a otros cuentos. Ya estaban allí tres de sus personajes, rodeaban mi mesa y me miraban con los ojos clavados en mis manos. Silenciosos, esperaban que yo les diera un nombre, que les dejara existir describiendo su rostro, dibujando sus vidas con mis dedos. Allí estaban los tres mientras yo bostezaba y esperaba que el agua rompiera a hervir y se mezclara con el grano de café recién molido. Ese olor de amanecer lleno de ideas, esa taza humeante, esa rutina de gestos familiares y felices.

Ana Merino dirige el MFA de escritura creativa en español de la Universidad de Iowa. Ha publicado siete poemarios, una novela juvenil, y la obra de teatro, *Amor: muy frágil* que dirigió y estrenó en 2012. Cultiva además el cuento y el estudio crítico sobre los cómics.

literalpublishing

